

Esta novela es una reescritura de El boliche del medio. El título Fuga señala dos acepciones: la acción de fugarse y la forma musical.

A.Z.

# El boliche del medio

## (Fuga)

### Uno

Valerio Ramos se asombró al descubrir la figura de un viejo que parecía fundirse con el oleaje espumoso. Un Crises orando a sus dioses, pensó Valerio, y recordó la lección que deslumbró a su profesora de literatura: el anciano sacerdote se alejaba de los campamentos griegos caminando a orillas del estruendoso mar, atormentado por el secuestro de su hija, y rogaba venganza al dios de cabellos azules, Apolo, el que hierde de lejos. El mar es nuestro espejo, dijo él, frente a los muchos pares de ojos asombrados de sus compañeros. El libro que inaugura nuestra tradición literaria nos muestra un hombre frente a la inmensidad del mar, remató.

El viejo que permanecía de pie frente al mar era Héctor Aguinaga, el cuidador del Boliche del Medio. Sus únicas ínfulas y estandartes eran un bolso muy gastado cruzado en bandolera, una caña de pescar apoyada en el hombro, y un cigarrillo de tabaco negro cuyo humo ascendía como una ofrenda leve y personal a dioses sin nombre.

Valerio se bajó del jeep para testear el estado de la playa antes de aventurarse hacia el norte, la zona de médanos vivos. Como supuso, la franja más cercana al agua estaba inflada de arena esponjosa, con montículos de conchillas. Preocupante, porque lentamente estaba recuperando la pericia para manejar en la playa, después de tantos años, y temía cometer una torpeza, quedarse encajado. El mar estaba calmo; la rompiente suave, orillera, producía un rumor abrupto y breve. Decidió evitar la orilla y circular por la franja de arena viva, al pie de los médanos.

Los ladridos de Olaf irrumpieron, rudos y amortiguados, desde el interior del jeep. El perro, con injustificada furia, gruñía y miraba al viejo, que a paso lento se acercaba. Los dos hombres intercambiaron un saludo amable y seco. Al sentir un ambiente amistoso, Olaf los miró con curiosidad, apaciguó gradualmente su enojo con un largo ronquido, se relamió el hocico y se sentó. El viejo tenía marcado el cansancio en el rostro cubierto de arrugas, que subían por la frente hasta perderse en la hirsuta cabellera endurecida por la brisa del mar. Valerio aceptó llevarlo, y le asombró la determinación del viejo por subirse al jeep. Era evidente que lo urgía, por encima del temor al perro, la necesidad de no caminar los dos kilómetros que todavía le faltaban recorrer para llegar al Boliche.

La Cabaña del Tío Otto se llamaba ese lugar cuando Valerio era un chico. Si ahora es una rareza un boliche erguido en la zona de médanos vivos que separa Villa Idaho de Nuevo Eden, equidistante

tres kilómetros de cada ciudad, treinta años atrás era un exotismo cercano al mito. Hasta allí llegaban los pocos lugareños y turistas que tenían vehículos de doble tracción, y los que se largaban a pie y compensaban el esfuerzo con la infinita paz del paisaje o la venturosa pesca, que casi nunca fallaba. Valerio y su amigo Pablo Casaroli tenían la costumbre de pasar las tardes pescando frente a La Cabaña del Tío Otto. A veces los acompañaba Virginia Mattioli, la amiga que por etapas había sido novia de ambos. Tardes inolvidables para los tres, lejos de la ciudad, rodeados de cielo, arena y mar.

Don Otto era hospitalario. En verano tenía bastante trabajo, por el desborde de turistas que desde Nuevo Edén y Villa Idaho llegaba hasta esas soledades, pero en invierno sobrevivía a duras penas, acompañado por su esposa Ingmar y una jauría de perros galgos que les proveían de liebres, abundantes en la zona de médanos lindante con el campo. Valerio lo recuerda flaco y alto, huesudo, quebradizo, de ojos velados por una fina lámina blanca, viscosa, que flotaban sobre la nariz larga y rugosa, de bruja. En sus manos largas sudaban las botellas heladas que entregaba como maná milagroso a los que llegaban fatigados y sedientos. Era muy querido: administraba un oasis que hacía olvidar los prejuicios hacia su pasado (se comentaba que era un refugiado nazi, y no uno cualquiera: un jerarca).

Virginia era flaquita y sensual y tenía un rasgo sorprendente para su edad: convicciones políticas. Le venía de sus padres una vocación por la lucha social que, si bien no la abstraía completamente de diversiones y juegos, le otorgaba un matiz de gravedad e importancia que la distinguía. Generosa, miraba más allá de sí misma, y tal vez esto fue lo que más cautivó por igual a los dos amigos. Su belleza podía ser comparada con otras, pero este atributo, no. No era tan linda, dijo Pablo, cuando la recordaron; pero su pasión envolvía, y te hacía sentir en un lugar de privilegio. Valerio aprobaba, en silencio, rumiando sus propios recuerdos. Finalmente él se había convertido en el novio de Virginia: cuando terminaron el secundario, se fueron juntos a la Capital. Me eligió por mi condición de poeta, fanfarroneaba Valerio; que si bien no dudaba del amor de Virginia, nunca supo qué era más importante para ella, si su amor por él o la pasión militante (y ya no puede preguntárselo). Pablo se quedó en el pueblo, administrando las propiedades de su familia, y se casó con la chica que le convenía: Úrsula Nielsen, hija del Intendente de Nuevo Edén.

Acurrucado en el asiento de atrás, el viejo no pidió permiso para encender un cigarrillo, pero tuvo la precaución de abrir la ventanilla. El ruido del motor, el rumor del oleaje, los ladridos que Olaf lanzaba a las gaviotas apareadas al costado del jeep, la distancia entre ambos, dificultaban el diálogo. El viejo alzó la voz para decir que llevaba dos años como cuidador del Boliche, que estaba sólo, que tenía mucho trabajo porque durante el invierno hacía el mantenimiento para la temporada siguiente; Valerio contó que estaba de vuelta en Villa Idaho después de veinte años de trabajo en el estudio jurídico familiar, y que había encontrado la excusa perfecta, aunque dolorosa, para regresar:

el médico le diagnosticó una úlcera de estómago provocada por el estrés y el exceso de analgésicos, y le prescribió una dieta de pescado fresco. ¡Un milagro!, gritó, hago lo que me gusta y pesco para vivir, como los hombres primitivos.

A medida que avanzaban, las formas del Boliche del Medio se hacían nítidas. El precario rancho de maderas azules y el cartel mal pintado que señalaba La Cabaña del Tío Otto habían quedado tapados por la arena voladora. Lo reemplazaba ahora un edificio semicircular montado sobre pilotes de quebracho, de orgulloso frente de vidrio repartido, y un balcón abierto al mar como la cubierta de un barco. Alto y rematado con un elegante techo de tejas rojas, su arrogancia desafiaba a los médanos a la vez que se integraba a ellos con su singularidad y su misterio. Valerio maniobró hábilmente para remontar la cuesta de un médano y rodeó el edificio para acceder al patio trasero, donde se amontonaban en desorden mesas, sillas, sombrillas y otros elementos que Aguinaga debía reparar y pintar.

El viejo bajó del jeep, agradeció a Valerio y recibió el ruidoso afecto de tres perritos negros, cachorros, a los que siguió a carrera lenta la madre, regordeta y apenas más grande que sus crías. Olaf amagó saltar sobre ellos, pero Valerio lo detuvo con un grito. Aguinaga, alarmado, ordenó a la jauría que volviera a la cucha, un agujero debajo de unos tamariscos, y se detuvo a observar las cañas que Valerio traía sujetas a la parrilla del jeep.

Si usted viera con qué pesco yo, dijo, mientras acariciaba el pasa hilo de porcelana.

Valerio supuso que los equipos del viejo eran precarios, pero no tanto como los que trajo: dos cañas de colihue ya pasadas de uso y dos reeles frontales de marca irreconocible. Las líneas de rotores de plástico y los anzuelos oxidados no desentonaban, pero el peor problema del viejo, a la hora de pescar, era la carnada, porque el Boliche no tenía electricidad y las anchoítas le duraban un día; después, el hedor que expelían era insoportable.

El primer impulso de Valerio fue seguir con su plan de pescar solo, pero bastó que Aguinaga propusiera compartir la pesca delante del Boliche para que cambiara de opinión. Sin pensarlo, aceptó, impulsado por quién sabe qué sentimiento. ¿Piedad por la precariedad de recursos del viejo? ¿Contagio por repetir el ritual de pescar allí donde compartió tantas jornadas con su amigo Pablo? O el más temido: ¿Necesidad o deseo de no estar solo, al menos por una vez? Simplificó y canceló su debate interior con una afirmación: Lo espero en la orilla, yo tengo carnada fresca.

Quién sabe por qué el viejo tardó tanto en bajar con sus equipos. Valerio, sentado en su silla plegable, había lanzado sus cañas y las miraba, expectante a los movimientos de sus finas puntas, recortadas sobre el celeste profundo. Ya había capturado dos brótolas, y esperaba más. Necesitaba reservas, porque le quedaban doce filetes de corvina y un cazón chico. ¡Bienvenidas las brótolas, que compensan su pobre desempeño deportivo —escaso espíritu de lucha— con el sabor aromático de su carne, su consistencia firme y dócil, que se desarma en hostias tiernas de mar en la boca!

Valerio dormitó al sentir el sol de las diez de la mañana en el rostro y la brisa suave del noroeste acariciándole las orejas que asomaban sobre la gorra de visera. Ese era el escenario ideal de antaño. Sol, viento noroeste, mar apacible, rompiente deliciosa, y almejas brotando de la arena cuando la ola se retiraba para dejar en sus manos la carnada ideal, la más apetitosa para corvinas y pejerreyes y bagres y melgachos y chuchos y cazones y brótolas y otras especies que se daban en menor profusión. Por un instante, como si la nereida de las caracolas, en honor a su fuerte y amorosa nostalgia, se lo hubiera permitido, Valerio volvió a ver la orilla cubierta de almejas: un reflujo de ola dejó al descubierto un manto de caparazones amarillos...

Ahora lo ve a Pablo. De pie en la orilla, levanta una almeja grande y la exhibe. Aturdida, la almeja guarda sus cuernos oscuros y contrae sus simétricos caparazones, escupiendo un agua limpia e inolora. Pablo sonríe con aire triunfal, y, para mostrar el singular tamaño de su presa, la exhibe frente a él sujetándola en lo alto con el índice y el pulgar. Enseguida la apoya en el suelo y con un golpe seco del revés de su cuchillo, quiebra la parte alta del caparazón, la abre en dos y extrae la lengua carnosa y sensible. Es un triángulo blancuzco, resbaladizo, que todavía se mueve cuando Pablo la apoya en una tabla de madera y la corta en cuatro o cinco tiritas, que luego enhebrará en los anzuelos para pejerrey.

Al fin el Viejo hizo saber con un largo silbido que estaba bajando a la orilla. Lo seguían, movedizos y penitentes, los perritos negros: la madre y los tres cachorros de padre ausente. Con resolución, Aguinaga se ubicó a pocos metros de Valerio, clavó el posa cañas, desplegó su equipo, anudó la carnada al anzuelo y lanzó. El intento fue vano: la línea no alcanzó a sobrepasar la rompiente. El viejo, sin embargo, no intentó un lance mejor: dejó la línea allí donde había caído, y se dedicó a esperar.

Valerio lo miraba con curiosidad, con lástima, con alguna molestia de sí mismo por haber consentido acompañar a este viejo en lugar de seguir de largo y continuar con su plan solitario. Ya había hecho suficiente por él, había aliviado su rutinaria y pesada caminata por la playa, ¿para qué agregar a ese gesto, que podía considerar humanitario, este otro, que implicaba casi una amistad? Sintió una puntada en el estómago. Le vino, como un vago reproche, el recuerdo de la última charla con su hermano: el diagnóstico médico como excusa, y más sinceramente, su deseo entrañable de dejar el prestigioso Estudio Ramos y volver al pueblo junto al mar... Me cansé de la discordia humana, le había dicho a su hermano. Y Edgardo: Vos te estás borrando; la discordia humana está en todas partes... Y él: Hermano, me esperan la pesca y, si las musas quieren, la poesía... Y Edgardo: Vos decís que la poesía sopla donde quiere... Y él: Sí, pero estoy hecho mierda, tengo que irme de acá, para mí las musas aquí se asfixian bajo el cemento.

Ahora Valerio mira a don Aguinaga, piensa: ¿Qué hago con este viejo? Estaba enojado, no con Aguinaga, sino consigo mismo. Acaso yo no sepa estar solo; acaso el disfrute de vivir

prescindiendo de todos tenga un límite que yo no sepa ver, un límite que aparece de pronto, sorprendiéndome... Sacó otra brótola, la tercera. El viejo estaba anclado en su sitio, y fumaba, distante y discreto. Tal vez no quería importunar a Valerio, pero no hacía falta: Valerio ya estaba incómodo, porque él pescaba y el viejo no. Y los peces estaban ahí, disponibles. Irritado, se levantó y casi le impuso un cambio de equipo. Le prestó un reel, cambió la línea, le explicó cómo encarnar, y ya jugado a que mudara la suerte, lanzó por él y le entregó la caña. El viejo pasó de la vergüenza a la sonrisa pícaro: se dejó ayudar, y en pocos minutos sintió un pique y clavó como si fuera la primera vez: asombrado, ansioso, incrédulo, emocionado. ¡Picó algo!, quiso gritar, pero le salió un sonido apagado y agudo. Recogió rápido y logró su primera captura. ¡Qué grande! ¡Qué linda brótola!, repetía.

Sacaron diez en total: siete Valerio, tres Aguinaga. Cuando estalló el mediodía, Valerio buscó los peces, amontonados al costado del jeep, para limpiarlos. Algo de la imagen lo conmovió. Recordó a Dylan Thomas: “En un poema, la parte mágica siempre es accidental”. Entonces recitó, para sí mismo: “Las brótolas de mínimas escamas yacen inmóviles, miran con ojos neutros, de superficie, de olvido, de vidrio enlutado”. La muerte lo miraba a través de estas criaturas del mar. ¿La muerte o la vida? Los ojos de los peces parecían conducir a una oscuridad más honda que esa simple anatomía endurecida. Valerio sabía que esas formas que ahora admiraba —fluidas para el agua que las resiste y empuja, fusiformes, aplanadas, coronadas de una majestuosa y larga aleta dorsal— se sumarían a su sangre y a su carne urgida de alimento, y vivirían de algún modo en él, continuando el ciclo incesante de disolución y nacimiento, de muerte y vida. Y agradecía y honraba este don que ahora él se llevaría a la orilla para manipular con sus manos humanas. Muy cerca del agua, Valerio fue dejando las vísceras y las cabezas de las brótolas, que rodaban como orfeos mudos llevados por el oleaje. Concentrado, no escuchó llegar la camioneta, pero sí los bocinazos del conductor, dirigidos al viejo. Durante un rato los vio charlar: el hombre sentado al volante de la camioneta, Aguinaga de pie frente a él. En pocos minutos volvió y explicó que se trataba del Dr. Julio Delmonte, apoderado de su familia.

Cuando comenzaron a guardar los equipos, los perritos se disputaron los restos de carnada desparramados en la arena. Olaf esta vez los atacó y, de un tarascón certero, mató al más grande de los tres. Aguinaga se sobresaltó y ensombreció y corrió como pudo hasta el cachorro. En silencio —a Valerio le sorprendió que no maldijera, que no se quejara— levantó al perrito muerto y lo acomodó en sus brazos. Voy a enterrarlo, murmuró, y caminó lentamente hasta los fondos del Boliche.

Valerio quedó shockeado. No quiso reprender a Olaf, no pudo. Se trataba de una acción instintiva, de animales disputándose el alimento. Cargó el jeep y subió hasta el Boliche. Aguinaga estaba sentado a la mesa tomando mate; parecía resignado. Liberó de culpas a Valerio por el episodio, y lo

invitó a conocer el salón del bar, un espacio semicircular, muy amplio, que mostraba las marcas de la falta de uso, con un ventanal como un ojo puesto a registrar sin pausa el mar y sus cambios constantes. Aguinaga observó el rostro asombrado de Valerio y se sintió halagado: a pesar de la soledad y las privaciones, estaba orgulloso del lugar donde vivía. Era una perla única en el mundo. Un barco quieto sobre un mar de arena, mirando al infinito. Cuando se instaló allí, dos años atrás, pensó que se volvería loco. Las noches del primer invierno habían sido interminables; los miedos, terribles. Ahora estaba acostumbrado, y lo que más agradecía en ese momento era la presencia de Valerio. Alguien lo visitaba, y esto era muy valioso para él. Por eso le pidió, con insistencia, que se quedara a tomar mate o té, o cualquier cosa que su estómago tolerara.

Valerio terminó de recorrer el salón, y se detuvo en una estantería, la única que parecía viva en medio de los objetos cubiertos de polvo y quietud; encontró un juego de ajedrez y varios libros desordenados, marcados, doblados, cerrados o abiertos, denotando un uso frecuente. Escrito en un papel adosado al fondo del estante, leyó: “En el ajedrez, como en la vida, el principal adversario es uno mismo” (Smyslov). Aguinaga trajo dos tazas de té. Valerio sonrió: desde que llegó, por primera vez se dispuso a tener una conversación con alguien del pueblo que no fuera su amigo Pablo Casaroli.

Cuando Pablo llamó a la puerta, al grito de: ¡Policía!, Valerio dudó un momento. Había llegado el día anterior a Villa Idaho, y supuso que la policía local podía sospechar genuinamente que alguien estaba usurpando la tradicional casa de los Ramos, ubicada frente al mar, en medio de un parque que hoy era una desordenada agregación de árboles antiguos y plantas, yuyos, matas y flores silvestres. Supo enseguida que se trataba de una de las bromas de su amigo. Se abrazaron, se dieron unos golpes, forcejearon como adolescentes que miden fuerzas. Valerio notó que Pablo había mantenido el estado atlético; seguía flaco, fibroso, sólo que más arrugado y con algunas canas en el pelo escaso. Subieron a la buhardilla donde Valerio había empezado a ordenar sus antiguos equipos de pesca y a preparar las líneas para la nueva etapa de su vida.

## **Dos**

— ¿En qué piensa?, le preguntó Aguinaga. Le toca mover.

—Perdón. Recordaba a mi amigo Pablo. Cuando volví a verlo, hace dos meses, vino a mi casa y se hizo pasar por la policía. Al principio le creí.

—Don Pablo es amigo de la policía, pero no es policía.

— ¿Amigo?

—Quiero decir, es un hombre influyente.

—Torre por alfil. ¿Y usted como se lleva con la policía?

—Yo bien, conozco a varios, pero no les doy pelota, y no me confío. Mi hija tuvo un problema, hace unos años, por un robo. Ella no tuvo nada que ver, pero quedó involucrada por culpa del ex marido, un delincuente de poca monta.

—¿Qué pasó con él?

—En cana, por ahora. A ella cada tanto la joden. Dama por torre, jaque.

—¡A la mierda! Usted sabe de esto. Me tiene acorralado.

Aguinaga sonrió.

—Piense Valerio, piense. No está muerto quien pelea, dicen, ¿no es cierto?

—Y por qué la joden a su hija, si ya tienen al preso.

—El problema es que nunca apareció el botín. Y no era papel picado, eran unas joyas muy valiosas. Las joyas de la condesa. ¿Nunca escuchó hablar? Ya es casi una leyenda.

—No, yo estoy desinformado, Aguinaga, después de tantos años —Miró el tablero, con el ceño fruncido—. No le encuentro salida, viejo. Estoy perdido.

Se escuchó el ruido de un motor.

—Pucha, ahí está otra vez Delmonte. Me trae unos papeles para firmar. Enseguida vengo. Tiene la chance de pensar tranquilo. Siempre queda una oportunidad.

El primer encuentro con Pablo fue una fiesta para Valerio, y una sorpresa: no esperaba encontrarse con otro solitario. Úrsula estaba en Alemania, desde hacía un mes, visitando a los hijos que se mudaron allá para estudiar. ¿Por qué no viajó él también? Este año no. Este año tiene mucho que hacer, me dijo. ¿Qué tiene que hacer? ¿Administrar las propiedades, desocupadas fuera de temporada? ¿Como un cuidador de cementerio, mientras sus seres queridos están lejos? Le costó decírmelo, pero al final largó el rollo: en su matrimonio hay mar de fondo desde que los chicos se fueron. Algo se fue vaciando o tal vez estuvo vacío desde siempre y se mantuvo lleno con la vida familiar, el bullicio de los chicos, las ocupaciones. Pablo mira las fotos que siguen allí, en el panel de la pared del cuarto de Valerio, desde hace tantos años, imágenes que no se gastaron, que parecen eternas. Está mirando la escena más querida: Virginia —pelo oscuro, largas trenzas, sonrisa luminosa, cuerpo delicado y alto— los abraza a los dos.

El viejo no vuelve y Valerio no sabe qué jugar. De pronto vislumbra una salida y mueve caballo siete alfil, para tapar el jaque. ¿Única jugada posible? ¿Va inexorablemente al jaque mate? ¿Cayó en las redes del viejo? Se levanta y mira por el ventanal: Aguinaga y el apoderado Delmonte conversan, esta vez dentro de la camioneta.

Pablo se demoró en la imagen, volvió el rostro hacia Valerio. Puta madre, todavía la extraño, dijo. Valerio se incomodó. También para él Virginia es una espina clavada en el corazón, una cicatriz que

sangra todavía. Pero... ¿notó rencor en la voz de Pablo? ¿Un reproche sutil, velado, resonando en el insulto impersonal?

—Bueno, ya está, dijo Aguinaga. Asunto terminado.

—Sí, eso ya lo sé. Me está por dar mate.

Aguinaga sonrió.

—Al menos se dio cuenta. Le di el último tiempo que se le concede a los condenados, para que se confiesen.

Valerio lo miró serio, intrigado. De pie junto al tablero, Aguinaga movió una torre y dio jaque mate. Después tomó un libro de la estantería y se lo entregó a Valerio.

—Esta es la apertura que usé hoy. Mi preferida.

“Gambito de dama”, leyó Valerio, y se guardó el libro en el bolsillo de la campera.

—Bueno, gracias, le doy un vistazo. En la casa hay un juego todavía, herencia de mi viejo.

—Acá también se trata de una herencia, pero la noticia que me trae este pájaro de mal agüero es que no voy a heredar un campo que dejó mi padre. En el testamento yo no figuro. Es lo que dicen ellos.

—¿Quiénes?

—Mi hermano y este cuervo Delmonte, su apoderado.

—¿Usted vio el testamento?

—No, la verdad que no. Pero no quiero entrar en problemas. Además no sé cómo voy a averiguar algo, aquí metido como un preso. Tampoco cuento con Daniela —así se llama mi hija—. Imagínese, tiene una causa penal abierta, no quiere saber nada con abogados y jueces. Así que tengo solo esto: mi cabecita. Y ya no me queda mucha materia gris tampoco.

—Para el ajedrez sí. Me hizo pelota.

—Puedo enseñarle, si quiere. Usted me ayudó a pescar.

Valerio tuvo una intuición profesional, vislumbró algo feo en el asunto de la herencia, pero la mecánica misma de esa certeza le clavó una daga en el estómago. Se dobló, con un quejido, y buscó dos pastillas que ingirió apresuradamente. Aguinaga se asustó.

—No es nada —dijo Valerio, tranquilizándolo—. El cuerpo me habla, va a pasar enseguida. Necesito descansar un rato.

El viejo le ofreció un camastro. Valerio se recostó y cerró los ojos... Pablo se burlaba de la línea que había armado. *¿Dos anzuelos, Valerio? ¿Tanta necesidad tenés de acopiar pescado?* No me creés, pero la dieta va en serio... Y vos, mirate un poco: *¿Por qué andás vestido así? Es mi uniforme. Así voy a cazar.* Parecés un milico. *Yo vivo cazando.* Qué manía de calzarte botas y chaquetas verdes con muchos bolsillos. De chico ya tenías ese gusto, como un boy scout, pero sin estructura, ni compañía, ni mandos.

*No pienses tanto. Cuando calme el mar vamos a pescar con el gomón, ¿dale? Así llenás el freezer de corvinas, y aliviás tu angustia existencial.* Si es para la angustia, no sé si va a alcanzar con un solo freezer, tal vez necesite que me prestes uno bien grande.

La imagen se disolvió de golpe, y de golpe Valerio abrió los ojos y tomó conciencia de que estaba en el Boliche del Medio. Se levantó, aliviado pero inquieto. Aguinaga estaba de pie junto a él.

— ¿Soñaba? Porque estaba murmurando.

— Soñaba o recordaba, no sé. Ahora escuche: usted tendría que ver ese testamento.

Enseguida se arrepintió. ¿Acaso no había renunciado a su profesión? ¿A qué meterse donde no lo llamaban? Aguinaga, como adivinando la incomodidad de Valerio, no respondió. Se limitó a informar que iba a cocinar las brótolas a la plancha, con aceite, pimienta y sal. Valerio subió al jeep y acarició a Olaf, que esperaba pacientemente, recostado en el asiento trasero. Aguinaga lo saludó con la mano en alto, y le gritó:

— ¿Tiene el librito?

Valerio palpó el bolsillo de su campera, y afirmó con la cabeza. Dio la vuelta para encarar la playa, y desde el médano alto detrás del boliche, miró hacia el este. El sol espejeaba en el mar formando charcos de luz.

Valerio había vuelto a ocupar la casa de su infancia, y ahora el rumor del mar entra por la ventana abierta, la brisa del sur suavemente agita las cortinas, las viejas cortinas que cobijaron su niñez, en cuyos dibujos de sol vivía ensoñado, flotando en la quietud protectora. Vuelven esas mañanas en las que Virginia pasaba a buscarlo para ir al colegio, y subía vestida de estudiante con el café con leche y las tostadas. Sonreía con el sol detrás, la incipiente claridad que realzaba su figura estilizada, de curvas marcadas, grácil, fuerte, apetecible, el abrazo caliente en la cama, un abrazo nomás, generoso y reticente, prometedor. Ella se disuelve ahora en la oscuridad, sombra entre las sombras, dulce vacío irrecuperable...

Corremos y nos escondemos en los fondos de la Capilla de la Inmaculada Concepción, al final de la canchita de básquet, entre unas acacias de ramas cargadas de flores húmedas de lluvia reciente, de amarillo rancio amarronado, pasadas de maduración. Besos, manos que recorren la piel lisa y suave, temblores, excitación. La vuelta furtiva al salón parroquial, la presencia del Padre Dillon, alegre y severo, sensible, riguroso. La lucha por la Iglesia de los Pobres, el camino que lleva a la gran ciudad, a los barrios pobres, a la militancia y a la muerte. Valerio se palpa los huevos, lo hace cada vez que recuerda el dolor de la picana, la oscuridad de la sala húmeda, de olor repugnante, los gritos desesperados, la torcedura de brazos y manos, el terror. Y Virginia, Virginia, una luz que se fue extinguiendo lentamente, perdiéndose en el tiempo. La tarde en la Capilla de Cristo Obrero, la última vez que vio al Cura, hablaron del amor, de la soledad, y de Virginia. Porque él había quedado

libre gracias a los buenos oficios de su padre, el Dr. Ricardo Ramos, pero no pudieron recuperar a Virginia. Tal vez más adelante, le dijeron: por ahora no se puede hacer nada. Ese ahora se hizo eterno. Valerio se toca los huevos. Vení a trabajar al Estudio, le dijo el papá. Allí estarás seguro. Terminó la carrera, ya te falta poco. Papá, Estudio, Hogar, lo que ella no tuvo, la protección que le faltó, la intemperie sin fin.

### **Tres**

Valerio se sobresalta por un haz de luz que entra por la ventana y recorre la pared de la habitación. Ahora escucha el motor de un auto, va hacia la ventana y espía. Es una patrulla policial, una camioneta doble tracción a la que le faltan las patentes y uno de los guarda barro. Sobre el techo descolorido gira una luz azul, y más que una tarea vigilante y protectora, parece realizar un paseo rutinario y aburrido.

Al volante va la oficial principal Rosa Flores y su compañero de rondín esta vez es Agustín Silva, recién incorporado a la fuerza policial. Casi no hablan mientras recorren la costanera de Villa Idaho de punta a punta, para volver luego por el Centro y finalmente dar una vuelta por la zona de bosques y barrios próximos a la ruta. Iluminaron deliberadamente la casa de Valerio, que en su aspecto exterior, mantenía la misma imagen de abandono: los techos de teja francesa cubiertos de pinocha y polvo, las paredes con la pintura saltada, abrazadas por enredaderas trepadoras, el parque cubierto de maleza y pasto, pero con las ventanas abiertas después de varios años, y esto despertaba sospechas y curiosidad. Aunque le habían comentado que Valerio estaba en el pueblo, Flores quiso corroborarlo personalmente y dejar su marca lanzando el haz de luz, esperando que asomara aunque más no sea una sombra que delatará la presencia del hijo mayor de los Ramos. ¿Cómo lucirá, después de tantos años?, se preguntaba, consciente de que Valerio, diez años mayor que ella, nunca la había registrado. Ella sí, porque había llegado a relacionarse con Edgardo Ramos, el menor, cuando ambos eran muchachos codiciados en el pueblo por su posición social, y podríamos decir también, por su pinta.

—Nosotras los mirábamos desde abajo —le dice Flores a su compañero—. Mirá que chalecito tienen. “El Refugio”, casa famosa... ¿Pudiste ver algún movimiento?

Silva niega con la cabeza, mientras Flores lo mira con paciencia, y se pregunta por qué carajo se habrá metido a cana este pendejo distraído y con cara de pelotudo.

—Si querés ser un buen policía tenés que estar alerta siempre —le dice, para afirmar su lugar docente y jerárquico en esa dupla, y sacarse un poco la mufa—. Vení, manejá vos, pasemos otra vez por la casita del sur.

Silva se alegró; conducir lo mantenía despierto y entretenido. Dejaron atrás la costanera, subieron por el Paseo del Norte hasta la principal, y tomaron por el Boulevard que los llevaba directamente a la zona del bosque donde vivía Daniela Aguinaga. Una manía, una obsesión tiene con esta mina, pensó Silva. ¿Una trola? ¿Serán pareja? Flores canturreaba mirando por la ventanilla hacia el oeste, donde las casitas de los barrios más pobres se agrupaban y desparramaban hasta confundirse con la ruta interbalnearia. De pronto se puso en alerta, le indicó a Silva que apagara las luces y bajara la velocidad.

—¿Los viste?

—No.

—Pero vos no vez una mierda, che. El auto que dobló por Alameda 108. Si son los tipos que yo supongo...

Flores iba a contarle a Silva que sospechaba que en ese viejo Chevrolet iban los cómplices de Ernesto Lapietra, el ex marido de Daniela, preso por el robo de las joyas de la condesa Manitius, tres años atrás. Pero para qué contarle a este pendejo, por lo que me puede aportar, pensó. Problemas, nomás.

Recorrieron la 108 hasta el final, sin poder vislumbrar el Chevrolet. Flores ordenó entonces retomar el Boulevard sin demora, para llegar cuanto antes a la casa del sur. Estaba preocupada, sospechaba lo que efectivamente ocurrió: Daniela había pasado un rato muy tenso, desagradable, que le hizo recordar tiempos pasados, experiencias que suponía habían quedado atrás. Estaba tranquila, cenando con Martincito y ya en plan de llevarlo a dormir, cuando escuchó que llamaban a la puerta. Se sobresaltó, porque no esperaba visitas —ni siquiera a Matilde Vita, su socia y amiga— y porque no había escuchado nada: los golpes habían llegado desde el silencio mismo, desde la noche cerrada que reinaba allá afuera.

—Abrí, Daniela, traemos buenas noticias.

Daniela simuló el terror que le produjo escuchar la voz de Lauro Magariños, y supuso que como siempre, estaría acompañado de Mingo Giménez.

—Un momento —respondió y dirigió una sonrisa a Martín, mientras pensaba a toda velocidad qué hacer con él y cómo evitar que los tipos se metieran adentro de la casa. Pensó en Rosa Flores, en Matilde, siempre atentas a que ella estuviera segura. Son muy hábiles, estos hijos de puta, buscaron el momento justo para mandarse. Le indicó al nene que la siguiera, en silencio, y se acercó al teléfono: comprobó que no tenía tono—. Ya va, gritó, estoy atendiendo al nene.

Buscó un abrigo y la puerta de salida de atrás, pero una sombra se le interpuso, alta como una torre.

— ¡Sorpresa!, escuchó. Mingo Giménez le cortaba el paso.

—Iba a acostar a Martín, dejame pasar.

El tipo la empujó hasta la cocina y le ordenó que abriera la puerta. Magariños entró y saludó a Daniela con una reverencia.

—Hola, Princesa. No tengas miedo. ¿Somos amigos, o acaso te olvidaste de nosotros? Y vos no seas bruto, che.

Mingo Giménez, un cuarentón de cara ancha, piel morena y curtida, contrajo el rostro en un rictus de ira y luego sonrió, se acercó a la mesa, tomó un pan y se lo llevó a la boca. Enseguida miró a Martincito.

—Está lindo el nene, cuánto creció, dijo, acariciándole bruscamente el pelo.

Daniela reaccionó con violencia.

— ¡No lo toques!

Le temblaba la voz.

—Todo bien, Daniela. Lo conozco desde que era un bebé —dijo Giménez, y se apartó hasta colocarse detrás de Magariños.

—Bueno, mamita, esta vez va en serio. ¿Te volvió la memoria? Mirá que cuando Ernesto salga de la cárcel, la cosa se va poner fea.

—Ya les dije que no se nada.

Magariños se acerca a Daniela y la toma de la cintura. La acaricia. Ella se resiste.

—La maternidad te sentó bien. ¿Quién te atendió estos tres años, con tu galancito en cana?

Se escuchan pasos afuera. Giménez y Magariños se ponen en alerta. La puerta se abre suavemente. Sin anunciarse ni pedir permiso, Matilde asoma la cabeza. Mira sorprendida a los dos tipos.

— ¿Qué pasa acá? ¿Está todo bien, Dani?

—Sí, no pasa nada, no te preocupes. Los muchachos ya se van.

Giménez tiene un gesto de fastidio, mira lascivamente a Matilde, y luego, de reojo, a Magariños.

—Chau, Daniela— dice el jefe—: nos vemos pronto. Hacé memoria, por favor, que las cosas pueden empeorar.

Cuando los dos tipos salen, Matilde se acerca a Daniela, que baja la vista, avergonzada. Luego las dos van hacia la ventana y confirman que los tipos suben al auto y se alejan.

—Hijos de puta —susurra Daniela.

Matilde la abraza, protectora y amorosa. Martín corre hacia ellas, llorando.

—Tranquilo, enano, no pasa nada.

Mientras Daniela acuesta a Martincito, Matilde prepara café. Deciden salir al parque, las dos necesitan tomar aire y despejarse.

— ¡Qué cagada, Dani! Papá me había dicho que estos chabones andaban rondando por el pueblo.

Matilde sirve el café, sus manos temblorosas delatan su alteración emocional, aunque su rostro permanece calmo.

—Me preocupa Giménez, tiene causas por abuso de menores. Y nunca queda pegado el hijo de mil putas —dice Daniela, mientras se recoge el pelo y lo sujeta con una vincha—. Siempre zafa. Qué carajo me importan a mí las joyas de una vieja cogotuda que además, ni siquiera vive en nuestro país.

—¿Desde que fue el robo, no volvió más?

—No, una vez tuvo que declarar y se humilló tanto que decidió no volver y puso la casa en venta. ¿Sabés quien la compró? ¿Adiviná?

—Me imagino: Pablo Casaroli.

—Le gustan las casas antiguas, y tienen con qué comprarlas.

—Un castillo para su reina.

—No jodas con eso.

—Menos mal que vine, Dani. Me surgió algo y quería avisarte que mañana no puedo abrir el taller. Vine a dejarte la llave.

—Dale, sigo con los ceniceros. Nos faltan cien todavía... Ya los veo hasta en sueños.

—Mi viejo nos consiguió otro pedido, de cincuenta, para un hotel de Nuevo Edén.

—De golpe tiene buena onda, tu viejo. ¿Qué le pasa?

—Está otra vez en plan de conquista... En realidad quiere ablandarme para que labore con él. Lo de siempre.

—No se resigna a que seas una simple artesana, y además, socia de una rata como yo.

—No digas eso, la cosa no es con vos, rompe las pelotas con que sea “su” heredera, la gran empresaria. ¡Qué embole!

—Andá tranquila, Mati, estos tipos no van a volver por ahora.

—¿Qué querían?

—Dicen que Ernesto sale de la cárcel en unos días, y piensan que yo sé donde están escondidas las joyas. La verdad es que yo no sé nada, ni siquiera sé si el botín todavía existe.

Ahora es la luz intermitente del patrullero la que interrumpe la charla.

—Es Rosa. Me imaginé que vendría a controlar.

—Tus amigas estamos siempre alertas —remata Matilde.

Flores se acerca caminando enérgicamente.

—Hola chicas. ¿Todo en orden?

Daniela y Matilde se miran, preocupadas. Rosa las saluda con un beso en la mejilla y se sienta al lado de Matilde. Las dos miran a Daniela.

—Vinieron los cómplices de Ernesto. Me apretaron.

—Hijos de puta, acabo de verlos circular por la Alameda 108. Contame qué paso.

—Creen que sé dónde están escondidas las joyas de la condesa. Vos sabés muy bien que yo no tengo ni idea.

— ¿Qué más dijeron?

—Que Ernesto sale pronto, y que todo se va a complicar.

—Estos son dos perejiles, no saben nada.

—Pero son peligrosos. Cuando veo a Giménez se me retuerce el estómago.

—No te preocupes, voy a estar atenta. Ahora andá a descansar, Daniela. Yo me la llevo a Matilde. Si ella quiere, por supuesto.

— ¿Me llevás presa?

—Detenida e incomunicada.

Matilde y Rosa cruzaron una sonrisa cómplice. Daniela besó a las dos y entró en la casa.

Silva se hacía el dormido, pero había observado toda la escena con curiosidad, aunque no había podido escuchar una sola palabra. Trolas, pensó, cuando las vio saludarse a los besos. Policía y trola, mi jefa.

—Despertate, che —escuchó. Con fingido sobresalto tomó el volante.

—Siempre listo —dijo, pero Flores no celebró la ocurrencia.

—La señorita es Matilde Vita, una amiga de toda la vida. El señor es Agustín Silva.

—Buenas noches —dijo Silva con voz amable.

—Buen chico, Agustín. Está haciendo sus primeras armas.

—Tengo una buena maestra.

—Dale, no te salen bien los piropos. Andá para tu casa, yo me quedo con el móvil esta noche.

Silva vivía en el Barrio Los Horcones, y hasta allí viajaron en silencio por las calles solitarias de Villa Idaho. Después de la medianoche, no quedaba un alma, salvo algún pescador que volvía del muelle en bicicleta, con su mediomundo al hombro, y un balde colgando del manubrio. Cualquier presencia humana que no sea ésta pasaba por sospechosa, y Flores, que terminaba su ronda a la una, estaba desde hace una semana al acecho. Sabía que Margariños y Giménez habían aparecido en el pueblo, y esto había coincidido con los robos a un quiosco y a una remisería. Pero el objetivo principal que tenían era presionar a Daniela. Dejaron a Silva, Rosa tomó el volante y encaró para la costanera. Miró el perfil de Matilde: le gustaba la manera en que el mechón de pelo oscuro bajaba hacia la mejilla abriéndose hasta terminar en una lluvia inmóvil. Siempre deseaba tocarlo, agruparlo y acomodárselo detrás de la oreja, pero esta vez se limitó a mirar. Ya tendrían la vida entera para tocarse, para amarse, ahora estaba concentrada en la búsqueda de los delincuentes.

— ¿Estás preocupada? —preguntó Matilde, asombrada por el inusual silencio de Rosa.

—Sí, estos tipos me sacan. Y esta vez no sé si vinieron por su cuenta, o están laburando para alguien.

—Te acompaño, si querés.

—No, mejor te dejo en tu casa.

Matilde le acarició la cabeza. Flores sonrió.

—¿Pensaste?

—Estoy en eso. Dame tiempo, ¿dale?

—Tiempo es lo que sobra, Mati, al menos por ahora.

La casa de Matilde estaba en el bosque norte, a una cuadra del mar, la zona más cara de Villa Idaho. Se despidieron con un beso y un mutuo y simultáneo: Cuidate. Flores la observó abrir el portón y caminar despreocupada y suelta hacia la puerta de entrada. Le llevo diez años, pensó, mientras disfrutaba del contoneo de ese cuerpo ligero y grácil. Debe ser la primera vez que me enamoro, se confesó a sí misma, casi con vergüenza, sonrojándose. Justo yo me pongo colorada, murmuró, yo, la menos pudorosa de las mujeres... La visión de Matilde y la expectativa que le diera una respuesta favorable a su proposición, la impulsó a actuar con mayor determinación a la habitual. Supo, por intuición, que los perejiles iban a estar más allá del muelle, en el recodo que hace la costanera antes de unirse a la Alameda 124, y alejarse del mar para perderse en la trama de la ciudad.

Recorrió la costanera despacio, morosamente, observando deslumbrada la franja de espuma que se abría cerca de la orilla, como una sonrisa que dibujaban las olas en la enorme boca del mar, una boca inmensamente oscura, que al abrirse se hacía lejanísima y se confundía con el universo entero. Al dejar atrás los edificios del centro que se alzaban a su derecha, apareció el muelle como un insecto con los pies en el agua, iluminado con la precaria luz que emitían los escasos faroles que, fuera de temporada, el Club de Pesca mantenía encendidos. Todo se apaga después de marzo, pensó Flores. Desde que era niña le había impactado el pasaje de la multitud de turistas a la abrupta soledad que venía después; el espacio se llenaba de mar y de aire, y le había costado mucho aceptar ese vacío, y sobre todo, le había costado llenarlo: tuvo que ser adulta y madura y tener un trabajo y sobre todo, irse de su casa. Pero esto pudo ocurrir cuando dejó atrás el temor a su padre y logró finalmente expulsarlo del pueblo, obligarlo a mudarse a Invernadas, y eso pudo ocurrir después de que muriera su madre, porque con ella viva nunca se hubiera atrevido a desafiar a su papá, a quien su madre obedecía y respetaba por sobre todas las cosas de este mundo, aunque la golpeará y la hiciera sufrir. El recuerdo le dolió un momento. Ya fue, dijo en voz alta; ya fue, repitió, mientras bajaba la ventanilla para recibir la fresca brisa marina. El plan saldrá increíblemente bien, me lo merezco, siguió murmurando, mientras conducía y observaba el mar. Ayer, en la celda, la charla con Ernesto fue mejor de lo esperado. ¡Confía, Ernestito, confió!, dijo, repentinamente en voz alta. Se rió, porque hablaba fuerte aunque estaba sola... ¿Cómo no vas a confiar en la mujer policía que

protege a Daniela, a Martincito, y te visita en la cárcel? Sí, amigo, Daniela ya no te quiere, ya lo sabés. Coge con Pablo, ya lo sabés. ¿Para qué volvés a preguntármelo? ¿Para torturarte? Y no jodas porque no vuelvo más a visitarte en esta cueva de mierda. ¿Preferís acaso que venga otro cana? ¿Uno que te cague a palos? Andan por el pueblo tus cómplices, ya sé que ahora son tus enemigos, pero antes fueron cómplices. ¿Seguro que no saben nada? ¿Solamente vos sabés el secreto de las joyas? Contá conmigo, Ernesto, hasta donde pueda, voy a ayudarte... Me gustó la cara de nabo que puso, cómo se ablandó. Va bien, la cosa funciona... Ahí está el cacharro de esos hijos de puta. Ahí vamos, Rosita, poné huevos...

Se abrió de la costanera y se metió en la ciudad para acceder a la posición de los tipos desde una perspectiva menos visible. El ruido del motor, mezclado con el rumor del agua, los lejanos ladridos de perros y los gritos blancos de las lechuzas era delator, un buchón que Flores intentaba callar llevando el patrullero a la mínima velocidad, con las luces apagadas. Por las dudas decidió estacionar y caminar los últimos metros; confiaba en que los chabones estarían aturridos chupando y fumando, y que no habían escuchado nada. Los vio: miraban hacia el mar, cada uno con su botella de cerveza y su cigarrillo. Embobados, embotados, así los quería. Pudo acercarse hasta pocos metros, hasta que Margariños se sobresaltó, rodó por la arena y sacó un arma.

—Pará, boludo, o te parto en dos.

Flores le apuntaba a la cabeza.

—Me asustaste, carajo. ¿Qué pasa? No hacemos nada malo.

—Guardá el arma y vos, gordo, ponete al lado. Quietos.

Giménez obedeció.

—Oficial, está todo bien —dijo Giménez.

—No está todo bien, muchachos. A Daniela la dejan tranquila, que no se repita lo de esta noche.

—Fue una visita de amigos.

—Ella no dice lo mismo, Lauro. Vos sabés de qué hablo.

—Fuimos a advertirle que cuando salga Ernesto, se pudre todo.

—Ah, quieren ayudarla. ¿Desde cuándo?

—Somos amigos desde siempre —apuntó Giménez.

—Vos mejor quedate en el molde, depravado de mierda. A la primera cagada no contás el cuento, en serio te lo digo. Voy a estar muy encima de ustedes. Y Pablo también. ¿Te acordás, Lauro, de Pablo Casaroli? Bueno, él también sabe que andás merodeando la casa de Daniela.

—¿Y qué problema hay? Lo nuestro fue historia vieja, ya pagué.

—A Pablo nunca le alcanza. Y ahora es mejor que se vayan a dormir. En un rato empieza a dar vueltas el Ñato Salduna, y a ése le gusta la joda de verdad. Y les va a chupar y fumar lo que les queda.

Flores dio media vuelta y caminó tranquila hacia el patrullero. Giménez amagó reaccionar y correr hacia ella, pero Magariños lo frenó en seco.

—Retardado mental —le dijo en un nervioso susurro—, quedate quieto, ¿qué carajo querés hacer? Flores, sin darse vuelta, sonrió, siempre con la mano sobre la pistola que llevaba en el cinto.

Pablo cenó en el bar Liguria, y alargó la noche tomando unas copas con Jerónimo Vita, que ya se había ido a dormir. Estaba inquieto, no quería irse, no sabía por qué. O sí sabía: por el llamado de Úrsula, desde Alemania, que muy suelta de cuerpo le dijo que se quedaba un mes más, que la estaba pasando bien, que así el invierno se le hacía más corto. Ajá, entiendo. Lo que no dijo es que cada año se va más tiempo, que cada año el invierno se le hace más largo aquí. Pero no es eso lo que me inquieta, tan previsible. ¿Qué carajo me inquieta, entonces? ¿Valerio? ¿La vuelta al pueblo de mi amigo? No, eso es bueno, aunque lo noto raro, el tiempo nos cambia, sin duda, no puedo pretender que sea el mismo de antes. Pero está muy cambiado, a veces me parece que lo incomodo, que prefiere estar solo; otras no, otras veces le siento la alegría. ¿O será Daniela, que se puso difícil de golpe? El mundo se me está dando vuelta... Te está rotando el viento, Pablito... Mierda. ¿Qué hace la Flores a esta hora en el bar? ¿Y con esa facha de sacada?

La vio venir directamente hacia él, sentarse a la mesa.

Tranquilo, Pablo, esto no es un procedimiento.

Pero es una sorpresa... ¿Pasó algo?

Si. Tengo sed.

Rosa sonrió y Pablo notó un chispazo de picardía en los ojos, oscuros y profundos como la noche, que se dilataron junto con la boca y las mejillas.

Disculpá. ¿Qué te pido?

¿Vos que estás tomando?

Ni lo pienses, esto es whisky, nena.

Dale, uno doble. Son más de la una, ya no estoy de servicio.

Se quitó el saco del uniforme y lo colgó de la silla; también colgó el cinto con el arma reglamentaria.

Una camisa blanca, como cualquier chica seria, dijo, sosteniendo una sonrisa, esta vez con aire reflexivo, moviendo la cabeza suavemente. Pablo se rascó la frente, se frotó los ojos. Estaba cansado, pero sobre todo aturdido por una jornada llena de novedades. Aturdido y excitado.

Muy bien, Rosa. Ahora sos una mujer sin uniforme ni el compromiso de dar vueltas por el pueblo con el patrullero. Una mujer joven. Porque vos no llegaste a los cuarenta, según mis cálculos.

Tengo treinta y ocho. ¿Vos?

Ya lo sabés, por algo sos policía. Cuarenta y cinco.

Ah, sos de la generación perdida...

No todos se perdieron.

Tu amigo Valerio Ramos, por ejemplo. Ahí está en la casa embrujada.

Él se salvó.

Vos también.

Claro, me quedé aquí acovachado en el pueblo. Aparte a mí nunca me interesó ese delirio político.

Al final los cagaron a todos. Y lo peor es que perdimos a Virginia.

Gracias, Ángel. No daba más de sed.

Rosa bebe un trago, observando al mozo, que se aleja, y a Pablo, que tiene la mirada fija en la ventana.

¿Dónde te fuiste, Pablo?

Al mismo lugar de siempre, aunque ahora con Valerio aquí es como si todo estuviera volviendo a ser como antes, realmente. De golpe veo un objeto, una esquina, una calle, un pedazo de playa, y vuelve a ser como era entonces...

Rico el whisky. Hacía mil que no tomaba.

¿Es una noche especial? ¿Festejás algo?

Hoy tuve una noche agitada, Pablo, y quería contarte lo que pasó.

Ajá.

Mirá esta foto. ¿Te acordás?

Claro. Lauro Magariños.

Anda por acá. Con Giménez, obvio. Anduvieron jodiendo a Daniela Aguinaga, esta noche. Siempre por el tema de las joyas, ya sabés.

¿Le pasó algo a Daniela?

Nada, no le hicieron nada. Pero está un poco asustada.

Putá madre.

Salí a rastrearlos. Los encontré por la zona de muelle, chupando. Les dije nomás que la dejaran tranquila.

¿Se los puede denunciar?

No, no le hicieron nada. No sé qué andan tramando. Por ahí tienen un padrino, hay que andar con cuidado.

Si me los cruzo...

No te vuelvas loco. Tranquilo. Pero no quería dejar de contarte esto.

Está bien, gracias.

Flores tomó el resto de whisky de un trago, cargó la chaqueta y el cinto y se levantó. Pablo, inmóvil, sintió un impulso por retenerla. Ella permanecía de pie junto a la mesa, expectante, o eso

fue lo que sintió Pablo. La invito a casa, pensó, en una ráfaga de deseo. Desistió. Se levantó, la saludó con un beso en la mejilla y la vio alejarse, a paso seguro, hacia la puerta. Sonrió, entonces, al ver esa figura fuerte y frágil, sensual y cómica con esos pantalones azules, los borceguíes, una camisa blanca muy suelta, y un cinturón de la que colgaba la cartuchera con la pistola. Ángel se acercó, intrigado.

Qué tal, dijo, curioso, mientras el patrullero se alejaba lentamente. ¿Qué me dice, don Pablo?

No sé si es por los whiskys, pero esta vez me gustaría que la Flores me lleve en cana. ¡Qué buena está!

¡Recién se da cuenta! ¿Pero qué anda haciendo por aquí, a estas horas?

Nada importante, Ángel, es una noche como cualquier otra.

No sé, últimamente pasan cosas raras en este pueblo.

¿Así que a vos te pasa lo mismo que a mí?

Si, algo huele mal.

¿Pero qué cosa?

No sé, algo. Ya sabes, no sé explicarme, coño. Gentuza, la gentuza que anda por aquí, porque vamos, Pablo, tu sabes muy bien qué quiero decir.

Pablo recorrió el bar con la mirada. Había una sola mesa ocupada por dos muchachos, que en ese momento se levantaron. Ángel se dirigió hacia ellos.

Traéme otro, le dijo Pablo en voz alta. Ángel se dio vuelta y lo miró, ofuscado.

El último, gaita, el último.

Ángel despachó a los pibes y volvió con el whisky.

A ver, chabal, qué está pasando. Estás más triste que nunca.

No, estoy cansado nomás.

Ya va a pasar, Pablito. Mira, cuando mi esposa estaba del otro lado del charco, también la extrañaba. Y tú tienes todo, y estás a salvo, allá en Nuevo Edén, que es un paraíso al lado de esto.

El paraíso no existe, Ángel.

¿Le preocupan esos matones que aparecieron? ¿Ese Margaritos?

Magariños, gaita. Esa es historia vieja.

Pero bien que lo recordamos todos, eh. Usted Pablito lo puso en su lugar, eso no se olvida. Hay que tener cojones para darle una tunda a ese matón...

Boludeces, Gaita.

Ya sé, entonces, lo que ocurre: el pesado de Jerónimo lo estuvo incomodando.

¿A mí?

Anda diciendo que Valerio se hizo amigo del cuidador del Boliche del Medio. Ese tirabombas de Ramos se hizo amigo del viejo Aguinaga, dice, enojado. ¿Para qué carajos volvió al pueblo?, dice.

En todo el rato que charlamos, Jerónimo ni siquiera mencionó a Valerio.

Bueno, no sé, hombre. Es el dueño del Boliche y algo debe preocuparlo.

Mi amigo volvió para pescar, no para tirar bombas, las bombas se las metió en el culo...

Pues vete a dormir, Pablito, que ya es hora. Yo también estoy cansado y voy a cerrar.

Pablo miró por la ventana la quietud de la calle principal, por la que cada tanto pasaba un taxi o un transeúnte solitario. Aguantó a duras penas su deseo de ver a Daniela, no debía hacerlo, menos a esa hora de la noche, aún sabiendo que había pasado un mal momento, que podría necesitarlo, que podría consolarla, pero no, no era ése el pacto entre ellos, además no quería exponerse a que vieran su camioneta estacionada en la puerta de su casa.

Cuando Pablo ganó la calle flotaba un rocío fresco, el aire vibraba con el canto de los grillos, y desde lejos, el rumor del mar invadía todo. Respiró hondo, para que ese aire familiar lo sacudiera y lo sacara del sopor. Subió a la camioneta y no pudo evitar pasar ligero por la casa de Daniela, sintiéndose un héroe duro, uno de esos que resiste los sentimientos, pero también un cobarde, que no puede romper los moldes para comprometerse. Luego bajó hacia la costanera, tomó hacia el norte y observó con desdén los edificios frente al mar de los que era propietario, y que esta vez no le dieron orgullo, al contrario, los vio erguidos frente al océano como torpes gendarmes de una guerra invisible, irreales, quietos en la vigilia de una batalla que nunca ocurriría y que le estaba costando la vida entera, mientras allá, muy lejos, por encima del agua infinita, estaban Úrsula, Karen y Dante... Los edificios no le devolvían ningún eco, ningún gesto; rígidos y fríos, pasaban las largas horas iguales sin hablar, dispuestos a cambiar de dueño, de habitantes, listos para soportar las respiraciones, los gritos, los olores, los fluidos sexuales, las mierdas de cualquier gente que los comprara, que los alquilara; eran putas baratas, ahora, en eso se habían convertido esos espejos en los que se había mirado tantos años, poderoso, admirado y temido, por ser el dueño de tantas propiedades, por tener el poder que da el dinero...

A la altura del muelle se metió en la playa. La ausencia de la luna ennegrecía el cielo y resaltaba las estrellas centelleantes, que descendían hasta rozar el agua. Y el oleaje, con el mar en calma y la leve brisa, caía sobre la arena desganado, aplastándose y desparramándose en espuma sonora. Desde la orilla vio El refugio, la casa de Valerio, enigmática y solitaria. Le costaba creer que esa misma imagen, vista tantas veces durante muchos años, hubiera cambiado esencialmente porque latía adentro la vida de su amigo. ¿O será un fantasma? ¿Estará Valerio ahí? ¿O soy yo el fantasma, perseguido por fantasmas? Abrió las ventanillas para recibir la brisa marina, abrupto soplo oloroso a sal revuelto de ruidos y ecos lejanos mientras esquivaba las líneas de espuma irregulares con volantazos certeros, en un juego que lo distraía...

Al pasar frente al Boliche del Medio detuvo la marcha y se bajó. Desde la orilla se veía la luz titilante de un farol. ¿El viejo estaba todavía despierto? ¿Estaría jugando solo al ajedrez, cabeza de loco encendida en medio del desierto, el mar, y la noche estrellada? Se tiró en la arena, a pocos pasos del agua, y vio flotar frente suyo el cuerpo celeste de Virginia. Celeste y marrón, agua y yodo, cielo y nubarrones. Nada de pureza, decía él, mientras ella y Valerio predicaban el amor al prójimo y se iban los domingos con el Padre Dillon a visitar los barrios más pobres. Recordó que con Virginia una vez estuvieron a punto de coger, a un pasito... Pero ella llevaba las cosas hasta el borde y al final no consentía. Yo no pude, Valerio, vos no quisiste. ¿O quisiste, y tampoco pudiste? Una pregunta que Valerio nunca le respondió sinceramente.

Se levantó y revisó la caja de la camioneta: ahí estaban la escopeta calibre 16 y los cartuchos. Subió hacia los médanos y empezó a recorrerlos, en dirección al campo. Encendió el reflector y enseguida tuvo frente suyo la primera liebre perpleja y quieta, cegada por la luz. Disparó y lo excitó el estruendo, multiplicado en el silencio reinante. La liebre cayó de costado, movió circularmente las patas unos segundos, y quedó inmóvil. Pablo dejó la escopeta y buscó la carabina. Cargó la liebre y siguió en dirección al campo. Más lejos vislumbró otra que vacilaba entre detenerse y correr, atraída por la luz que se aproximaba lentamente. Se detuvo y desafiando la distancia y la escasa luz, disparó. Esta vez el animalito ni siquiera pataleó, quedó fulminado en la arena.

Con dos presas en su haber, siguió hacia Nuevo Edén por la zona de médanos y entró directamente a la calle que llevaba a su casa. Cuando sintieron el portón de entrada, los perros empezaron a ladrar, excitados, topetándose y mordiéndose, sin lastimarse. Pablo les silbó para serenarlos, se acercó a la alambrada que circunscribía el canil, y les arrojó las liebres, todavía palpitantes de sangre caliente.

## **Cuatro**

El atardecer se le había caído encima al viejo Aguinaga, que ya estaba revestido de melancolía cuando Daniela le recordó que iría a almorzar al día siguiente para festejar su cumpleaños número setenta. Se le cayó encima en el momento en que había terminado de guardar los equipos de pesca y se había despedido de los cachorros para irse a la cucha, la suya, a la que llegaba subiendo por una escalerita de catorce escalones, ejercicio diario que le estaba destruyendo las rodillas. Cuando cerró el portón del galponcito y se topó con el fuego silencioso que delineaba los médanos, sucedió. Y aunque lo había visto muchas veces ahora le llegó al corazón, lo hirió, y herido subió hasta la terraza y se volvió para tener un panorama completo del incendio del sol extendido de sur a norte, con llamas y humaredas y nubes atravesadas por rayos punzantes.

Preparó el mate y salió, tan solo para seguir contemplando la muerte del sol, y recordar después de muchos años de negación un episodio de su infancia, que apareció esta vez agazapado en otro recuerdo, en otra imagen. Se vio correteando por el parque, entre eucaliptos de troncos ajados y sauces llorones y álamos piramidales y un sinfín de gorjeos y el chillido de los teros que lo aturdían... ¿Tenía nueve o diez años? Claramente escucha la voz del padre, y acude, y recibe la orden de ir a la tolva a controlar, y la otra orden, suplementaria y fatal, de llevar a su hermanita, de cuidarla; a ella, que no tenía más de tres, tal vez cuatro años, no recuerdo ahora, y yo qué iba a imaginar lo que ocurriría en pocos minutos, aunque ya no sé cuánto tiempo pasó desde que ellos se fueron, y yo descuidado, trepando a un gran ciprés al que siempre desafiaba y finalmente coronaba, montado en la última rama, y ella, Camila, qué me iba a imaginar yo que se subiría a la tolva a curiosear —¡tan alto estaba!— y que se resbalaría para caer en la molienda de trigo... Ni siquiera escuché un grito, nada escuché, me di cuenta al rato que la tolva se había detenido y lo único que veo después (entre sueños) es el cielo ardido que tiene manchas de sangre, estallidos rojos en el fondo mezclados con granos blancuzcos y un chico que llora y corre hacia el oeste y busca refugio en una arboleda que conoce y donde puede pasar la noche... Aguinaga suelta una lágrima, una gota dura que sale con dificultad y se rompe contra su mejilla, y confirma que ese niño vive todavía dentro suyo, que está en su corazón, que es dueño de la tristeza infinita del mundo, esmerilada tal vez por el tiempo transcurrido, pero presente (ese niño cumplirá años mañana y está cerca de la muerte).

Me voy a dormir, dijo para nadie, cuando ya el sol naranja flameaba hundiéndose, y comió los tallarines con tuco que le habían sobrado del mediodía —con un solo vaso de vino— y subió al cuartucho con su botellita de agua, ocho escalones bastaban para llegar cada noche a su cama con dolor de rodillas; es mi versión del mito de Sísifo, pensaba el viejo, que nunca olvidó los rudimentos de la mitología grecorromana que le enseñó la señorita Rosario, única maestra que tuvo en su vida en la escuelita del paraje Tío Domingo. Se acostó, pero qué iba a dormir. Sabía que la víspera de los setenta iba a ser dura, ¿para qué le habrá recordado Daniela que llegaba su cumpleaños? Él no se hubiera acordado porque había sepultado el almanaque, ya no se guiaba por horas y días sino por otros parámetros, que ni siquiera había catalogado y ordenado, así que vino Daniela a poner el tiempo en orden y él cayó en la trampa de su hija, que era la mejor trampa en la que podía caer, porque la amaba más que a nada en el mundo, porque ella era lo único que tenía en el mundo.

Así que llegaba su cumpleaños, y era ocasión inevitable de revisar su vida, hacer un balance, como dicen, y eso se le había caído encima, como la noche cae sobre los médanos, y se hartó de sí mismo y de sus cavilaciones y dejó la cama y bajó con el farol al salón grande y se metió en el ajedrez, mundo ideal y claro y de transparente lucha leal, su salvoconducto, su pasaporte a la libertad, su

juego. Entonces jugó y pensó en Valerio Ramos y en Daniela y se alegró de que dentro de pocas horas, con la excusa de su cumpleaños, ellos dos se conocerían... Creyó haberse dormido sobre el tablero cuando escuchó los disparos, porque se sobresaltó y no supo claramente si había estado jugando o durmiendo. Dos, y luego dos más. Los estruendos venían desde el oeste. Subió, espío, creyó ver una camioneta, y tuvo la certeza de que había sido Pablo Casaroli buscando liebres para sus perros. Un rato después volvió a subir las escaleras, pasó los momentos de dolor, y se acostó. Ay, madre santa, dijo, te pido que Morfeo me acune en sus brazos.

Valerio había empezado a conocer las rutinas de su amigo, especialmente la nocturna: en la soledad de la playa, el rugido de la camioneta no pasaba desapercibido, y eso ocurría como mínimo cuatro de los siete días de la semana. Valerio consideraba seriamente la posibilidad de que Pablo se hubiera convertido en un solitario, un alcohólico, un hombre hastiado de tener todo servido, encerrado en el laberinto de su pueblo natal, con relaciones equívocas y hábitos de adicto. Esta perspectiva lo entristeció, pero enseguida decidió ponerla en duda y plantearse si no estaba yendo muy lejos con tales suposiciones negativas y consideró prudente no hacerse un juicio definitivo hasta conocer mejor la vida de Pablo, más allá de este presente visible que lo mostraba autosuficiente y hosco, satisfecho del lugar distinguido que ocupaba en la región, pero desgastado por un malestar que se le notaba en gestos rudos, palabras cortantes, y sobre todo en el silencio opresivo que lo envolvía.

Cuando el tema de conversación se corría de la pesca, las anécdotas compartidas, y otros lugares comunes, entraba en un mutismo infranqueable. Me refiero a todo lo que implicaba afectos y emociones: la relación con Úrsula y con sus hijos no merecían más que una mueca; de sus padres, reclusos en una casona de campo, no decía más que monosílabos de enmarañado y dudoso afecto; del tío y su numerosa familia, refunfuñaba que habían dilapidado parte de la fortuna en viajes ridículos, en empresas alocadas, efímeras.

A Valerio lo entusiasmaba la propuesta de pescar mar adentro, no recordaba ya cuándo había sido su última incursión, aunque tenía un registro preciso de las sensaciones: el vértigo de estar allí, rodeado de mar, flotando sobre cardúmenes de corvinas y pescadillas que no les daban descanso, provisión que todos —ellos mismos y amigos y familiares— disfrutaban como exquisitos manjares. Hizo un balance de sus reservas: diez filetes de corvina, cinco pejerreyes que compró en el muelle a una pareja de viejitos —se ganaban la vida ejercitando el mediomundo—, y unas aletas de chucho que había guardado por las dudas, pero que ya estaban para tirar. Si la pesca en gomón seguía como antes, como cuando eran jóvenes, iba a llenar el freezer en un solo día.

Por momentos no podía creer el cambio de vida que había hecho, aunque en el fondo sabía que allá, rodeado de gente y de ruido y de expedientes y saturado de conflictos, también había estado solo todos estos años, los lentos años que siguieron al secuestro, la tortura, y la desaparición de Virginia.

Él se había salvado, ella no. Eso era todo. Y esa carga la había llevado siempre, lo había aislado del mundo imperceptiblemente, la lleva todavía... Aunque acá es diferente, el mar tiene algo que lo alivia; volvió a sentirlo al mirar por la ventana la oscura masa de agua... ¿Habré venido aquí a pedir perdón? ¿A reconciliarme, acaso? ¿A buscar de una vez por todas y definitivamente a Virginia? La veo llegar con cara de dormida, los ojos hinchados, el pelo revuelto... Escuchó unos disparos que lo sacaron abruptamente del ensueño. Estallidos secos, que llegaban lejanos, desde los médanos del norte. Cerró la ventana, preocupado, y se acostó. Sintió un leve ardor en el estómago. Tomó agua, y decidió aguantar hasta que la molestia pasara. Había agotado ya la cuota diaria de pastillas.

Daniela no podía sacarse de encima la imagen de Giménez acariciando a Martín. Magariños le preocupaba menos, era un simple ladrón y como tal iba a comportarse, más allá de alguna provocación, pero Giménez era incontrolable, un enfermo total y absoluto. Se había cargado al pibe de Susana Morelos, una vecina que de tanto denunciarlo por abuso sexual terminó perseguida y tuvo de mudarse al sur. Por eso el hijo de puta zafó. El otro caso que nunca se le pudo comprobar fue la violación de Carla Fuentes, la hija del distribuidor de gaseosas. La esperó durante toda la noche en la esquina de la casa, y al amanecer la obligó a rumbar al bosque sur y la violó a punta de cuchillo. Ese es el tipo que acarició esta noche a Marticinito, eso es lo que nunca le voy a perdonar a Ernesto, que se haya metido con estos chabones, y ahora estamos al borde de cualquier cosa...

Pero a Daniela también le preocupaba su relación con Pablo, sentía el sabor amargo del arrepentimiento por haber consentido ese amor clandestino. Empezó cuando su mujer decidió quedarse más de un mes en Europa, dos meses se quedó, sorprendiéndolo. Aquella vez que me habló en el bar y supo tocar donde más me dolía, el miedo a que me bajarán la preventiva y me dejarán pegada por las putas joyas de la condesa de mierda. Me ofreció protección, primero sin pedirme nada. Fue bastante sutil, después de todo, pero no tardó mucho en mostrar la hilacha. Yo vivía en vilo, pensando en que un capricho del juez, o la conveniencia de alguien, podían llevarme derecho a la cárcel, y pensaba en Martín, ¿qué haría con él? Y me arrepentía una y otra vez de haber sido tan boluda, de haberle seguido el tren a ese trío de cabezas huecas, debí suponer que era un juego peligroso, pero eso lo entendí después, cuando la cagada estaba hecha, y Pablo entonces fue una salvación, y reconozco, no soy tan guacha, que me gustó el halago de un tipo importante y además, fachero, eso no lo niego. Pero ya fue, está cada vez más alterado y así como no me banco que me hable de su familia, tampoco me banco que no tome una decisión. A dos aguas anda, y a esta altura ya quiero cuidarme sola, le agradezco que haya evitado que me metan en cana, le agradezco que me salvara de cualquier ataque de estos dos delincuentes, pero ahora, ¿qué hago? Si le cuento lo que pasó esta noche es para caer en sus brazos otra vez, justo cuando estoy empezando a alejarme... Si hubiera venido, no sé... Si me hubiera mostrado que tiene cojones no solo para

cagarse a trompadas o tirar tiros o enfrentar a cualquier malandra, sino para el amor, para decir a los cuatro vientos que me ama y que dejará a su esposa de una buena vez... Pero no, eso no va a ocurrir. En el fondo me considera una trolita, de clase inferior, una rata que no tiene un mango partido al medio, porque mi viejo es un pobre gaucha venido a menos, perdido ahora en un boliche solitario frente al mar. Indigna soy para él, un Casaroli. Me lo demostró más de una vez, pero también me dijo que nunca sintió tanta pasión por una mujer, que se muere por mis tetas, por mi culo, por el sabor de mis labios, de mi lengua, así, así me dice: me muero por el sabor de tu lengua, y lo repite, y parece volverse loco, y se vuelve loco, y por qué entonces huye... Tal vez yo podría quererlo, si él viniera, si él estuviera de verdad conmigo, pero no así, me sirve nada más para hacerme sentir segura, y para mantenerme sexualmente activa, como si me hiciera tanta falta un galán como él, como si no pudiera por las mías tener un hombre, y no equivocarme después del metejón de pendeja pelotuda que tuve con Ernesto, canchero él, agrandado, el que se comía los chicos crudos hasta que se dejó llevar por el matón de Magariños, su jefe, que después lo mandó al frente y lo dejó pegado y en cana.

Miró el reloj y comprobó que el shock que sufrió esa noche por culpa de Giménez había detenido también el tiempo. ¿Apenas la medianoche, cuando ella sentía que habían pasado muchas horas vertiginosas por su cabeza, su piel y sus ojos? Se levantó para asegurarse que Martincito durmiera. El silencio era pesado, esa noche. El silencio que ella amaba, que tanto la ligaba a ese bosque de Villa Idaho, estaba colmado de presencias extrañas, de acechanzas y amenazas inubicables. Por eso, tal vez, se asustó cuando vio a través de las cortinas de la habitación el haz de luz que crecía en la calle. Espió, sigilosa, y vio la camioneta de Pablo. Venía del centro. ¿Se habrá enterado de lo que pasó? En vano tuvo un momento de ansiedad, de ilusión. Si bien era un desafío que la visitara, un paso atrás en su decisión de cortar el vínculo, eso era poco frente a la necesidad imperiosa que tenía de que la abrazara, la protegiera. Por eso le subió un llanto incontrolable cuando la camioneta continuó su marcha, rumbo a la costanera... Que se vaya a cagar, ya no me banco a los guapos que cuando las papas queman, miran para otro lado. Y me viene con lamentos, con quejas hacia su mujer. ¿Para qué se casó? ¿Para que en el pueblo digan que el hijo de pioneros italianos conquistó a la rubia alemana? ¿No sintió acaso el desprecio de su suegro, el capo—mafia de Nuevo Edén, amigo de los militares, inventor del Partido Vecinalista, “compra votos”, como le dice Matilde? Y ahora Pablo está a la par de Jerónimo Vita, el gran empresario, y hasta se siente superior. Pero cuando trae su miseria al departamento solamente le falta llorar. A veces pienso que es peor que Ernesto, que es bruto pero de buen corazón, y que quiere de veras a Martincito. Pero basta, a la mierda con todo, tengo que ser fuerte, me queda el apoyo incondicional de Matilde, la protección de Rosa, tienen razón cuando me dicen que las minas del pueblo debemos unirnos, formar una cofradía para combatir a los tipos de mierda que abundan en demasía, ricos o pobres, delincuentes o

decentes, todos en el fondo son lo mismo. La diferencia entre ellas y yo es que a mí los tipos me gustan, ahora misma estoy caliente, los nervios se me calman con un buen polvo, puta madre, puta soledad, esta noche me cogería al cuerpo de bomberos, enterito.

Pablo miró, con la gravedad de quien contempla un rito necesario, con satisfacción, el vehemente trabajo de los perros destrozando las liebres, engullendo los pedazos de carne y piel, salpicándose los hocicos de sangre y relamiéndose luego, con parsimonia y cansancio. Los tres ovejeros robustos, casi idénticos, lo miraban agitados, con las lenguas colgando, jadeantes; lo miraban sin verlo del todo, con los ojos velados por el éxtasis, la satisfacción, la plenitud, y así él se llevaba esa imagen de sus queridas mascotas, salvajes compañeros de caza, a la cama solitaria, donde la distracción de algún programa estúpido de televisión terminara de relajarlo, y tal vez le despertaran alguna sonrisa final, alguna carcajada que resonaría en su cuerpo como una despedida, un viaje necesario hacia el sueño reparador. Pero esa noche no funcionó el chupete electrónico, como lo llamaba Úrsula. Mierda.

Se levantó y salió al fresco, tal como estaba, en pijama, y cruzó el parque hacia el quincho donde tenía los equipos de pesca y algunas de sus armas. Allí también había un armario cubierto por el hollín de los recuerdos, y en él, envuelto en una bolsa de nylon, un álbum de fotos. Lo tomó y cruzó el parque para volver a la cama, y sintió el rocío en la piel como la leve lluvia hostil del universo cayendo sobre él, ensañándose con él y su soledad en medio de esa mansión de Nuevo Edén que ya albergaba nada más que muebles quietos y fotografías y ropas inútiles y el movimiento mecánico de los relojes, y corrió para refugiarse en la cama grande, demasiado grande para un hombre solo, y abrió esas imágenes que eran túneles que eran puertas que eran corredores hacia el pasado remoto donde ellos, Virginia, Valerio y él, ocupaban el centro de la escena siempre, en la playa, en el bosque, en el colegio, en las fiestas...

No se olvidaba, no, de esos momentos hirientes en los que Valerio y Virginia congeniaban en el entusiasmo por cambiar el mundo. ¿Qué hay que cambiar primero, al hombre o a las estructuras?, era uno de los dilemas a los que aludían siempre, y él no tenía respuestas para eso, ni siquiera se hacía la pregunta; y ahora le habla a su amigo, le dice lo que hubiera querido decirle tantas veces, mirá, Valerio, yo todos los fines de semana, cuando no voy a la escuela, me levanto a las siete con mi viejo para ir a la obra, y no importa si tenemos o no tenemos plata, mucha o poca, hay que laburar y la vida es laburo, no tengo tiempo para preguntarme si hay que cambiar primero al hombre y después las estructuras o viceversa, ni para ir a la Iglesia una hora antes de la misa para preparar cancioncitas pelotudas que alegran a las viejas, a las viudas, a los chupacirios; ni tengo tiempo para ir las tardes del domingo a los barrios pobres a predicar la palabra de Cristo. ¿Qué palabra? La única palabra que se usa en mi casa como una religión es Laborare; perdón, hay otra:

Famiglia. No me vengan con la locura de hacerle el juego al cura comunista, como decía mi viejo, y para colmo mudarse con él a la Capital, a meterse en las villas miseria... De las villas hay que rajar, es al revés. Mi viejo y su hermano fueron pobres, pero pobres de verdad, vinieron de Italia con una mano atrás y otra adelante, y sobrevivieron y progresaron trabajando, no cantando en la iglesia o ayudando a los pobres, que los pobres se ayuden solos, como hicimos nosotros, los Casaroli, nadie nos regaló nada, tienen que agarrar una pala, este país es un lujo, hay trabajo de sobra, posibilidades de sobra, solo hace falta voluntad, quiero ver qué hubieran hecho estos negritos en Italia después de la guerra, donde no había nada que comer, donde nadie te daba trabajo. El padre Dillon a ustedes les pudría la cabeza, porque cuando estabas solo conmigo, y pescábamos, eras otra persona, divertida, la pasábamos bien, y te gustaba mi familia, cuando volvías de pescar con tu tío el porteño y los reteníamos un rato en la playa junto a nosotros, qué alegría me daba convidarte con almejas, y explicarte cosas de pesca que tu tío no te enseñaba, obsesionado como estaba en pescar únicamente pejerreyes. ¿Y las corvinas? ¿Y los chuchos y cazones? Un mundo entero te perdías por seguir los pasos de ese tipo que no entendía nada de este lugar, de este mar nuestro... Y Virginia no tenía nada de Virgen María, nada de pura, era una mina hermosa y caliente, y sus besos tenían una pasión más fuerte que la cruz de Cristo y la puta que lo re mil parió a ese cura pajero que soñaba con una revolución y predicaba el amor y la pureza y se cogía a Clarita Dobson, todos los sabían menos ustedes dos, parecía que no querían ver lo que pasaba realmente con el curita, por eso el viejo Otto lo tenía entre ojos, y lo denunció y se armó la que se armó... Puta madre. Virginia tenía algo especial, si no se hubiera ido del pueblo... Al menos puedo decir con orgullo que yo los salvé, que yo estuve allí cuando me necesitaron, cuando estaban ahogándose en el mar, y yo, el que no iba a la Iglesia, el tano bruto albañil, tuve la intuición de que algo podía pasarles, y le saqué las llaves de la camioneta a mi viejo, cuando dormía la siesta, y arriesgué el pellejo, porque si se enteraba me molía a palos, y fui hasta allí con la oscura certeza de que estaban en apuros, me metí al mar y los salvé, aunque ella ya estaba noviendo con vos y no volvió nunca conmigo. Pero no me dolía entonces como me dolió después, cuando se fueron y ya no volví a verla nunca más... nunca más.

La foto que más le gusta es ésta: Virginia corría saliendo del mar, una ola le había corrido el corpiño, la teta redonda y blanca asoma y parece mirarlo, lo mira con su único ojo en punta, frutal, delicioso. Pero ella también lo está mirando con sus dos ojos oscuros, con una mirada vergonzosa y pícara. Pablo baja la foto, le cuesta resistir esa mirada. Cree reconocerla, a veces, en los ojos de Daniela, pero no es más que una ilusión. Alguna vez creyó verlos en los de Úrsula; en realidad en la alemanota nunca los buscó, ni siquiera de entrada, cuando eran jóvenes y le hizo el novio durante varios años. Era la antítesis de Virginia, y salvo el glamour, era poco lo que había en ella de excitante. ¿La quiso? ¿La quiere? ¿Sigue buscando a Virginia, como la buscó en cada mina con la que tuvo un romance clandestino? Esas preguntas flotan a su alrededor, se prenden en las ventanas

cerradas, muerden los anzuelos que cuelgan en las cañas, empañan las fotografías familiares que adornan las mesas y los aparadores. Pablo no tiene respuestas. Corre a toda velocidad, aunque siente que siempre está en el mismo lugar, un lugar que empezó a convertirse en un pozo muy oscuro.

## **Cinco**

La única verdad es que los números no cierran. En este ispa estamos jodidos. O te cogen por izquierda, o te cogen por derecha. Pero el boludo es siempre el que labura, el que pone la guita, el que se arriesga. ¿O vos te creés que invertir aquí, en medio de los médanos, es un negocio brillante? ¿Hacer patria, en lugar de mandar la guita a la rueda financiera? ¿Acaso esto no es patriotismo? Yo levanté ese boliche mientras los demás miraban las ruinas de la cabaña de Otto. ¿Y cuál es la respuesta? Me aumentan los impuestos; me hacen pagar un canon. Me tendrían que pagar a mí para que mantenga en pie esa estructura, para que brinde servicios a los turistas que allá en la zona de médanos no tienen ni un vaso de agua ni un baño. Y encima me vienen a presionar porque tengo un empleado en negro. Gracias que recibe casa y comida y un sueldo digno. Y algunos todavía me putean porque no le doy un vehículo. El tipo fue puestero de campo, sabe lo que es la soledad, sabe lo que significa estar lejos, yo no puedo hacerme cargo de todo, cuando no pueda caminar se buscará otro trabajo, pondremos una persona más joven.

Valerio escuchaba perplejo el discurso de Jerónimo Vita. Era un monólogo, cuyo disparador había sido su comentario sobre las condiciones de vida de Aguinaga. No sabe por qué lo dijo, no sabe si sonó a reclamo, tal vez sí, tal vez en estos días se había ido formando en él un malestar alrededor de la precariedad en la que estaba inmerso el viejo, tal vez acrecentado por la culpa desde que Olaf mató a uno de los cachorros. Aunque Aguinaga, hombre de campo, lo había eximido de toda culpa por una disputa fatal entre perros, Valerio estaba seguro que todo esto había influido en su reclamo... Cuando Jerónimo Vita lo sorprendió en la playa, le pidió que detuviera el jeep y se presentó, pomposamente, entre gesticulaciones y gritos relativos a la familia Ramos... Yo conocí a tu padre, qué interesante que usted haya vuelto al pueblo, era una pena que esa vivienda se estuviera viniendo abajo, ¿qué anda haciendo por aquí?

Por problemas de salud dejé la profesión y regresé a las fuentes. Ahora mismo estoy yendo a pescar, como hago casi todos los días: de paso le llevo carnada fresca al viejo, tan solo en ese lugar frío y solitario.

Qué bien, yo acabo de dejarle mercadería, hoy tiene visitas porque festeja su cumpleaños. Igual, religiosamente, una vez por mes, le cargo la alacena hasta el tope. No puede quejarse, Néstor. Tiene poco trabajo y nadie lo molesta.

Sí, eso es verdad, pero no tiene electricidad, ni teléfono, está a tres kilómetros del pueblo, tiene que caminar por la arena cada vez que necesita algo...

Bueno, así son estos trabajos. ¿Qué quiere que le diga? ¿Sabe lo que es mantener ese boliche allá, en el desierto? Para colmo en lugar de ayudarte, el gobierno pone palos en la rueda...

¿Fiesta de cumpleaños?

La playa está lisa como una cancha de bochas, el jeep se desliza con un leve zumbido que se mezcla con el rumor del agua, el sol acaba de asomarse por el este, lomo rojo distante, algo frío por la inminencia del otoño, que también gravita sobre la atmósfera del mar, sutilmente. Aguinaga lo recibe con una sonrisa.

¿Cuántos cumple?

Setenta. Eso dicen.

Este es mi regalo: anchoítas frescas y un calamar. Si no pesca con esta carnada y con los equipos que le presté, está jodido en serio.

Hoy no pesco. Voy a dedicarme al asado, pero usted seguro que va a pescar bien hoy. ¿Vio lo que es el mar?

Sí, está ideal, así que lo dejo, voy unos metros para el norte.

Le pido otro favor, otro regalito: si saca una corvina buena, tráigala y la pongo en la parrilla. Sería un honor para mí, y compartimos el asado, aunque sea por un rato. Quiero que sea mi invitado de honor.

Bueno, veremos, gracias por la invitación.

Mire que lo espero... Ahora, antes que nada, voy a alimentar a Caupolicán.

Valerio observó, intrigado. El viejo cortó unas tiritas de calamar y las llevó hasta un piletón viejo que había detrás del galponcito.

Venga, venga, acérquese, esta es mi mascota preferida. Un bagre que traje del campo.

¿Caupolicán? ¿Un bagre?

Sí, el patrón le puso ese nombre, porque dice que este bagre lo resistió todo, como el héroe araucano... Y es verdad, no sabe cuánto aguantó adentro de la bolsa, cuando lo traje junto con unas tarariras. Como estaba vivo todavía, y ni pensaba comerlo, lo puse ahí adentro, y sobrevivió. Ahora está domesticado, lo llamo y viene. Sabe que le doy la comida.

Increíble, viejo, pero ahora me voy, a mí me esperan las corvinas.

Jerónimo Vita, con una mueca de fastidio, vio alejarse el jeep de Valerio; cuando estuvo a más de cien metros, se desabrochó la bragueta y meó en la orilla. El chorro cayó pesado sobre la arena y la horadó, dejando alrededor del hoyo una orla de espuma que se confundió un instante con la espuma de la ola. Qué se traerá entre manos este tira bombas... Buen discípulo del cura comunista, otro tira bombas (Otto lo llamaba así, Otto sabía por qué). Había pasado mucho tiempo, pero las brasas estaban. Y a partir de las brasas, la llamas podían renacer. Por suerte estaba Pablo, su socio en los edificios Marinas I y II, y en el barrio Progreso, punto inicial se su fortuna, en los terrenos del ex camping de Ordóñez, otro tira bombas. Jerónimo siente que el rumor del mar trae la voz de Valerio, que lo interroga, lo acusa, se defiende. Yo no tuve nada que ver, Ramos, preguntale a tu amigo Pablo. Los milicos vinieron y se llevaron al Chango Ordóñez, problema de ellos, en qué mierda estaba metido, ni el cura lo sabía. Porque Ordóñez no quería a los curas, eso seguro. Y a ese no lo denunció el viejo Otto, quién sabe quién lo denunció, se dicen tantas cosas... ya lo tendrían fichado como subversivo, seguro estaba en esa lista que armaron los buenos vecinos, los que querían la paz en este pueblo... Lo que vino después fue nada más que un negocio, uno de tantos, Valerio. Si tu viejo viviera, te lo explicaría bien. Hablé con Pablo. Puta madre. Miró a lo lejos, vio el jeep de Valerio alejándose de la playa y subiendo al Boliche del Medio. Ese lugar está embrujado, siempre lo estuvo, murmuró.

Valerio contemplaba la carbonera que colgaba del posa cañas. Escamas oscuras le cubrían todo el lomo, una pincelada negra que la distinguía del resto de las corvinas. Tiene destino de parrilla, pensó, y tuvo la intuición de que el viejo Aguinaga manejaba los hilos del destino. Tal vez si hubiera pescado una brótola, un bagre, incluso una corvina rubia, pero una carbonera... En su vida había pescado pocas, podrían contarse con los dedos de la mano, tenían fama de sabrosas, no recordaba bien por qué o si era verdad o mito, pero era un buen regalo de cumpleaños, sin duda uno especial. La llevó. El viejo había desparramado las brasas y se disponía a poner el asado. No mucho, las invitadas son dos, le dijo, Daniela y su amiga Matilde. Le agradeció la corvina; la abrieron por el lomo y la colocaron sobre la parrilla, con las escamas hacia las brasas. Nunca vi una de éstas, dijo el viejo. Valerio sonrió. Se la dejó, es mi regalo de cumpleaños, disfrútela con su hija y las amigas.

¡No me diga que no se queda!

No, festeje como lo había previsto. Soy sapo de otro pozo.

Por favor, Valerio. Sería un gusto para mí.

Estoy con el perro, es un estorbo, nos vemos otro día.

Aguinaga no pudo disimular su decepción, pero Valerio cumplió su plan y se fue, decidido a no volver. Tenía unos sándwiches de queso y un termo con té, eso le alcanzaba para almorzar, así que

volvió a la playa. Pero luego de un rato, la pesca no se daba. A pesar del día esplendoroso, del mar calmo, de la suave brisa, el pique se había cortado. Cambió la línea, encarnó con calamar, pensó que era una defeción usar esa carnada poco apta para las presas más sabrosas, pero lo inquietaba no tener ni siquiera un pique, y prefirió aceptar lo que sucedió, lo que él sabía que podía suceder: picó un chucho, uno grande, y sufrió para sacarlo. Tuvo que arreglarse solo maniobrando la caña y el bichero a la vez, mojarse hasta la cintura para clavarlo de la aleta y arrastrarlo hasta la orilla. Quedó extenuado, mirando al pez que aleteaba como un pájaro pesado, y bufaba como un animal de sangre caliente. Este bicho se parece a mí, pensó, y se sintió brutal cuando le cortó las aletas sin más, sin matarlo antes, directamente lo seccionó para guardarse esos dos lomos que se convertirían en relleno de tartas o de empanadas. Un pájaro mutilado, ahora, sangrante. Iba a tirar los restos al mar cuando sintió, ya cerca, la camioneta de Delmonte. Lo sorprendió. Tan concentrado estaba.

Una raya gigante.

No es una raya, es un chucho.

Valerio habló sin levantar la vista, alzó el pedazo de carne sangrante y lo arrojó al mar. Delmonte retrocedió, subió a la camioneta y se dirigió al Boliche del Medio. Valerio se limpió las manos con agua de mar, se dio vuelta y lo siguió con la mirada. Enseguida levantó la caña y empezó a guardar todo, excitado, sintiendo en sus tripas el deseo de comer corvina, la imaginó sobre la parrilla, con la carne blanca exhalando humito sabroso, dejando escapar globitos de aire caliente por sus intersticios. Cargó todo en el jeep, sin preocuparse por el orden, como apurado — ¿por qué me apuro? ¿quién me corre?— y condujo el jeep despacio, como a tientas, hacia el Boliche, luego de colocarle la cadena al perro. Cuando subió el último médano, vio allá abajo, en los fondos, la mesa puesta y las dos mujeres mirando unas plantas, algo alejadas de la parrilla, donde Aguinaga y Delmonte charlaban. El viejo agitó la mano cuando lo vio acercarse, celebrando su presencia.

Le dije que tenía un invitado especial, dijo Aguinaga.

Su amigo el pescador, dijo Delmonte. Acaba de sacar una raya enorme.

Valerio sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa, se la extendió a Delmonte.

¿Valerio Ramos? Qué sorpresa que este viejo tenga un amigo abogado, y de un estudio jurídico tan importante.

Se la regalo. Es la última tarjeta que me quedó. Tiene algunas manchas de carnada, pero ya sin olor. Delmonte apartó la tarjeta con repulsión, luego se la guardó en un bolsillo. Aguinaga hizo una seña con la mano en alto.

Vengan, chicas, les presento un amigo.

Valerio observó a las dos mujeres que caminaban con dificultad en la arena, tropezaban, se sostenían entre sí, y se reían, divertidas. Lo saludaron con un beso. La más afectuosa fue Daniela.

Me alegra que mi papá tenga un amigo, dijo.

Pescador y abogado, remarcó Aguinaga. Y ahora todos a la mesa, el asado ya está listo. Delmonte se despidió, recordándole al viejo que mañana le traería unos papeles para firmar.

Cuando dejó la playa, Vita recordó que lo esperaban en la capilla Nuestra Señora del Huerto para definir los últimos detalles de la ampliación. Se fastidió, pero no quería fallarle a los fieles de la Comisión y además esa actividad le hacía bien, la molestia inicial se transformaba en pocos minutos en satisfacción; él era, en definitiva, el centro de la reunión no sólo por su condición de Presidente sino porque aportaba casi el 50% de los fondos. Dios ve con agrado la generosidad de los que más tienen, le decía el padre Estigio. Y le agradecía en Su Nombre lo que estaba haciendo por la comunidad. Qué distinto a Sillón, ciertamente, qué distinto, pensaba Vita. Menos mal que aquellos tiempos nefastos ya pasaron. La pared de la Parroquia principal de Villa Idaho tiene todavía impreso, aunque ya irreconocible, la consigna revolucionaria: “Señor cura: siga los pasos de Camilo Torres”. Puede leerlo el que sabe que estaba ahí, de otra manera, es imposible reconocer el texto, y qué bien está que los que tenemos memoria sigamos leyendo lo que está debajo, cuán necesario. Sillón no hizo nada por esta Capilla, no era su prioridad, para él la gente era la prioridad, o mejor dicho, usar a la gente para sus fines, muy distintos a los de la Iglesia verdadera, que definía al comunismo ateo y apátrida como el anticristo, y denunciaba que su discurso se había extendido a lo largo y a lo ancho del mundo, y resonaba incluso aquí, en este pueblo insignificante de la costa atlántica argentina. Menos mal que reaccionamos a tiempo, los pibes habían empezado a publicar esa revista condenando el golpe de Pinochet, elogiando a Salvador Allende, eso fue uno de los colmos, que el cura los alentara, que la revista tuviera su aval y llevara en nombre de la Juventud Católica de Pie. De a pie lo dejamos, a ese atorrante y borracho, de patitas en la calle lo pusimos, y qué coraje el viejo Otto, alguna vez se hará justicia con él, cuán útil fue a nuestra comunidad, y qué celos despertó en Dillon su grupo de Boy Scouts. Todo un ejemplo. Disciplina y vida sana, respeto por la familia. El reconocimiento social que tenía Otto era enorme, despertaba confianza. Lo contrario al Cura. En el fondo, más que la ideología, los enfrentaban los celos, a esos dos. ¿Pero quién carajos está en la puerta de la Capilla? ¿Es ella...?

Bajo los tres abedules donados por la Sociedad Alemana de Nuevo Edén estaba Clara Dobson, la amante del padre Dillon. Vita sabía que La novia de Dios había vuelto de su largo exilio en Europa, pero no se imaginó que intentaría meterse otra vez en la Iglesia. De todos modos, qué importa. No tenemos cuentas pendientes. Ella se salvó, el cura no. Y nosotros lo único que hicimos fue defender a la Iglesia de la avanzada comunista, denunciarnos al cura y presionamos al obispado para que lo trasladara a otro pueblo, pero él eligió las villas miserias de la Capital. Decisión suya, estará en el cielo, si Dios lo quiso así. Al final todo lo resuelve Él. Su voluntad es la que vale. Yo tengo la

conciencia tranquila, yo hice lo que sentí que Él me pedía. Y no fui el único. Éramos muchos. Qué avejentada está, ya debe andar por los setenta.

Con qué entusiasmo hablan del trabajo artesanal. Matilde eufórica, verborrágica; Daniela tranquila, reflexiva, en segundo plano asiente y comenta; el pibe, en su mundo, entretenido con los perritos; el viejo Aguinaga entregado a una silenciosa emoción. ¿Será que no puede creer lo que está pasando, como me acaba de decir? ¿Qué es lo no puede creer? ¿Qué esté su hija aquí, que esté yo compartiendo el almuerzo?

Daniela me mira, puedo sentirlo, y cuando yo la miro sonrío y aparta la vista al instante, pero el registro de su mirada queda, aunque fugaz, impreso en el aire, un frágil puente tendido; Matilde, en cambio, me ignora, mantiene la charla concentrada en el eje ella—Daniela, con alguna alusión fugaz al viejo y sus condiciones de vida, y cero espacio para mí. Yo las escucho, cada tanto la mirada de Matilde me cruza y siento el latigazo de sus ojos celestes bellos y fríos, brillan bajo el mechón de pelo castaño que le cubre la frente y que se mueve apenas con el girar de su cabeza, a lo sumo me dirige una sonrisa forzada, que no oculta su malestar por mi presencia inesperada en este encuentro. Me mantengo impávido y sereno, no busco protagonizar, no vine a eso, no vine a nada, no estaba en mis planes estar aquí, acaso en los planes del viejo, que come en silencio y deja que las cosas transcurran sin forzarlas, me sonrío, ofrece más pan, más vino, más agua, más ensaladas, mientras yo devoro la corvina tratando de saborearla lentamente en mi boca para descubrir algún matiz especial de la carbonera. Encuentro un saber más intenso, tal vez, que el de las rubias, pero no es eso, no podría afirmarlo con certeza... la intensidad que siento es circunstancial, es que acabo de pescarla, y que ya la estoy comiendo, apenas una hora después de que estaba viva en el mar, y en este lugar, en este momento... Daniela me espía, puedo sentirlo, y qué hermosa es y que linda actitud con su pibe, lo vigila de lejos, lo deja hacer y a la vez lo controla, es algo tosca en sus modales, agarra los huesitos del asado con toda la mano, y parece que va a limpiarse la boca con el brazo en cualquier momento, tiene esa expresión dura y tierna de la mujer sufrida, que prematuramente tuvo que pelearla para salir adelante, la sonrisa me sorprende, porque sonrío con los ojos y con la nariz, que se mueven a la vez, el marrón oscuro del iris se le aclara y la punta de la nariz sube un poco.

¿Usted, Valerio, ya está jubilado, siendo tan joven? Nos contó don Aguinaga que se vino de la ciudad a pescar y a no hacer nada...

Matilde pretendía expresarse con amabilidad, pero la voz la salía filosa.

Tenés razón, todavía soy joven para jubilarme, pero me retiré. Decidí dejar el estudio jurídico familiar, de larga tradición, para replantear mi vida. Para eso, pensé, lo primero es volver al pueblo de mi infancia, y retomar la antigua pasión por la pesca, así que aquí estoy, en disponibilidad.

Eso suena bien, dijo Daniela, y se levantó para buscar a Martín, que se había alejado siguiendo a los perritos. Matilde se acercó a la parrilla y encendió un cigarrillo con una brasita. Aguinaga sirvió el resto de vino que quedaba en la botella, en forma equitativa, en su vaso y en el de Valerio. Propuso un brindis, y antes de beber dijo:

Ellos son mi mejor herencia, Valerio: Daniela y Martincito...

Por eso debería averiguar ese asunto del campo.

Mire, no estoy en condiciones de hacer nada. Usted es abogado, si quiere, averigüe. Yo no tengo ningún problema, al contrario, lo único que quiero es ayudar a mi hija, y si eso puede servir...

Yo no dejaría pasar las cosas así nomás. Perdido por perdido...

Acepté acompañar a Valerio Ramos a Los Venados porque me gusta y para complacer a mi viejo. Un regalo de cumpleaños, un regalo para mí. Lo veo un tipo tan frágil y solo, y a la vez, tan seguro de sí mismo. Qué bien se bancó a Matilde. Qué caballero, además; me desnudó con la mirada. Eso fue obvio.

Antes de salir del baño, Daniela se mira en el espejo, se aleja un poco, se retoca el peinado, se alisa la remera que copia con precisión la forma de las tetas. Para mí el tester son los pezones, ahí siento el cosquilleo que me indica los grados de temperatura que levantó mi sangre.

En la cocina prepara mate. Canturrea, toma el primero, mira por la ventana, expectante. Estrategia del silencio y la espera, Dani, no sigas con el mismo recurso de hacerte la víctima y contar la historia de la cenicienta pobre y abandonada. ¡No! ¡Esta vez no la cagues! Estoy sorprendida. ¿Y este tipo que aparece de la nada? Un milagro. No tiene olor a pescador de pueblo, ni el perfume dulzón y berreta que a muchos les tapa la condición de lugareño (el perfume que usa Pablo, un campesino casi; perfume de hombre de campo que vive en la ciudad). Valerio tiene modales, y una historia misteriosa. ¿De qué estará huyendo? ¿De quién se esconde? Debe estar separado o divorciado, o tal vez sea viudo. ¿Y los hijos? Seguro que tiene hijos. Un chabón abogado, de buena posición económica, lindo, debe haberse casado y tenido hijos.

Daniela se inquieta por la demora. Mira otra vez el reloj. Toma otro mate. Entonces, con quince minutos de atraso, llega Valerio Ramos.

Me costó encontrar la casa, disculpame.

No es nada, estaba terminando de prepararme.

Es que casi no me acuerdo de este bosque, cuando yo me fui era apenas un proyecto forestal.

¿Hace cuánto tiempo que no venís?

Muchos años. Estaba negado... ¿Y vos? ¿Cómo es tu vida aquí?

El lugar me encanta, pero me cuesta remarla, con el pibe y la escasez de trabajo. Pero no me quejo.

¿Vamos?

Dale. Traje mate. ¿Querés tomar ahora?

Bueno, pero los primeros tomalos vos, soy bastante frágil de estómago.

No te preocupes, esta yerba es suave.

Mientras salían, a baja velocidad, del bosque sur, Valerio recuperó la imagen de la casita de Daniela, metida entre pinos y álamos. “Una penumbra verde la funde en la arboleda”, recordó, de Juan Ortiz, uno de sus poetas preferidos. Salvo que aquí no tenemos río, pero a este bosque llega el rumor del mar, mezclado con el aleteo de las hojas de los álamos, con el silbido del viento en las agujas de los pinos. Y es marzo, además; flota en el aire toda la belleza última del verano yéndose despacito...

Quiero aclararte que te acompaño por pedido de mi viejo, no quiero entrometerme en sus cosas.

Esto te involucra también, porque si hay una herencia, la heredera sos vos. ¿O hay alguien más?

No, soy hija única, y mi vieja murió hace tres años... Bueno, ya te habrá contado él.

Algo me contó, sin mucho detalle. ¿Y el hermano?

Es un mal bicho. En realidad la familia de mi viejo es un quilombo, y él siempre fue el chivo expiatorio de todos los problemas. Hubo una estafa con unos arriendos, y lo culparon a él. Mi abuelo, en realidad, lo culpó y ahí medio que lo desheredó para siempre. Eso dicen.

Entonces hay algo de fondo aquí.

Nunca llegué a entender bien la situación. Mi madre decía que no había tal pelea entre mi viejo y su padre. Y que el problema más jodido fue la muerte de la hermanita. ¿Te contó?

No, para nada.

Uhhh, eso fue terrible. La nena, creo que tenía cuatro años, quedó a su cuidado, se cayó en una tolva y murió ahogada. Le echaron la culpa, le hicieron la cruz. Yo creo que de eso mi viejo nunca se recuperó. Nunca. Es más, lo sé por mi madre, él nunca me lo contó, nunca pude saber su versión. Se me hizo un nudo en la garganta. ¡Carajo! ¿En qué historia me estoy metiendo? ¿No me alcanza con la mía? ¿Qué tengo yo? ¿Un radar? Vine a salirme de los conflictos, y me tiro de cabeza al primero que aparece.

Disculpame que te tire toda esta data, Valerio; te pusiste mal, encima que nos estás dando una mano.

No te preocupes, Daniela. No me puse mal, pero es una historia fuerte, ¿cómo no me voy a conmover?

Y vos, ¿tenés familia?

Un hermano con el que compartía el Estudio Jurídico, un estudio tradicional que fundó mi bisabuelo, y siguió por línea directa hasta mí. Todos los primogénitos con el mismo nombre: Valerio. ¿Podés creer?

No pudo contener la risa; seguramente le resultaba cómica esa pretensión de estirpe. En esto coincidían, porque Valerio, al tomar distancia de su propia historia, veía detrás del lustre del “apellido” y “la profesión” y el “honor” y “el prestigio” el mero devenir de gente como cualquiera, con miserias y alegrías, defectos y virtudes, y con la común condición humana de fragilidad y fugacidad. De todo eso no quedaba más que su hermano, Edgardo Ramos, ahora designado nuevo jefe del Estudio —algo que anhelaba fervorosamente—; un primogénito sin hijos —él, que después de la desaparición de Virginia, no hizo más que cambiar cada dos o tres años de pareja, sin estabilizarse, y con largos períodos de estar solo—; y nada más: padres fallecidos, y la posible reestructuración de la descendencia a través de una nueva serie, la de los Edgardos —ya se llamaba así el mayor de sus sobrinos.

Daniela, con la cabeza apoyada en la ventanilla, miraba el campo que ya se abría, llano y monótono, camino a Los Venados. ¿Podés creer?, había dicho Valerio. Pregunta formada de dos palabras breves, que habían sido una dulce daga en el corazón de Daniela. Poder y creer. ¿Podré creer? ¿Puedo? ¿Creo? Cada tanto se permitía trances de melancolía que la conectaban consigo misma, con una honda tristeza infantil, que se rozaba extrañamente con la serenidad y la calma.

A esa misma hora a Néstor Aguinaga le estaban cosiendo el pulgar de la mano derecha en el hospital de Villa Idaho. Miró el reloj que daba la nueve y cinco de la mañana, y aunque le dolían la mano y el brazo, sonrió imaginando a Delmonte en el Boliche del Medio, apurado, fumando, puteando porque la arena se le metía en los zapatos, cansado, jadeando por tener que repechar el médano; imaginaba su gesto de sorpresa al no encontrarlo allá, al no encontrar ningún rastro, ni siquiera una nota que explicara los motivos de su ausencia. No estaba seguro, pero intuía que era un trámite importante, clave, que tenían que hacer esa mañana; entonces, después de dejar flotando en el piletón unas tiritas de calamar para Caupolicán, tomó fuerzas, apoyó el dedo en la tabla de madera, y se golpeó con el filo. Primero suave, midiendo el efecto, y la segunda vez con fuerza, abriéndose un tajo de varios centímetros en la articulación que une la mano con el dedo. Ni siquiera gritó. Su cuerpo gritó, sin emitir sonido. Se ató con la venda que tenía preparada con un poco de alcohol, y empezó a caminar rumbo a Villa Idaho. Eran las siete y media de la mañana. Preocupado por la herida, Aguinaga no prestó atención a la playa fría y desierta, ni al oleaje estruendoso, ni al sol cegador que ya flotaba en el horizonte, ni a las bandadas de gaviotas que levantaban vuelo al verlo. Le preocupaba, además, que Delmonte llegara más temprano y lo descubriera en su fuga. Dolorido, excitado, caminó lo más rápido que pudo, y se alarmó al ver una camioneta acercándose desde Nuevo Edén; pero no era Delmonte, era Pablo Casaroli. Pablo lo llevó hasta el hospital. Entonces, a las ocho y media, ya estaba en la guardia esperando que lo atendieran, dolorido pero feliz porque había tomado una decisión y había intervenido de una manera poco habitual en el

devenir de su vida. Lo más que hacía, a lo que estaba habituado, era a pensar, a formularse planes que no le requerían muchas acciones, y menos una acción cruenta, que lo había llevado a derramar su propia sangre. Sacrifiqué un peón, nomás...

## Seis

El silencio es salud, dijo Daniela.

A veces, respondió Valerio, recordando la consigna de la dictadura militar. A veces es miedo, Daniela, otras es censura, autocensura, y claro, otras veces es no saber qué decir. No sé cuál es nuestro caso.

Yo decía nomás que el estarse callado ayuda a pensar, y uno se mete con sus propias sensaciones también; estar sintiendo la obligación de decir algo tampoco es bueno, a eso me refería.

En eso tenés razón, eso lo entiendo... Está rico el mate, esto tenía ganas de decir. Creo que no me cayó mal, para nada.

Bueno, me alegro. Y aquí tengo algo rico, que también es muy suave y yo creo que no te va a caer mal: unos escones caseros.

Valerio tomó uno, lo observó, lo olió, dio un mordisco suave y cauteloso...

Cuántas precauciones. ¿De qué tenés miedo? ¿O es por desconfianza?

No, no es eso, disculpame... es que... tengo un problema de acidez crónica... Lamento tener que contártelo, pensaba que silenciar esto era saludable... Estos años de trabajo insalubre, en el estudio, años de nervios, conflictos, situaciones tensas, me llevaron a consumir analgésicos, y eso me fue haciendo daño, y ahora tengo que cuidarme. El médico me prescribió una dieta de pescado fresco, así que ésta es la parte buena de la úlcera, una excusa para dedicarme a la pesca.

Aguinaga aguantó estoicamente que le cosieran la mano con apenas un poco de anestesia, le dieron cinco puntos, y le dijeron que en 48 horas debía volver para que lo revisen y curen. Él contestó a todo afirmativamente, con docilidad, y pidió quedarse ahí a descansar, para evitar el penoso viaje de regreso hasta el Boliche. Le ofrecieron que hablara por teléfono, no quiso, pero aceptó el almuerzo de los internados, y se quedó. Se instaló en el bar, sacó del bolso un pequeño juego de ajedrez, y dispuso las piezas, dejando abierta la posibilidad de que alguien se acercara a jugar con él.

A pesar del tiempo de ausencia, a Valerio las calles de Los Venados le resultaban familiares, tal vez porque allí había dado los primeros pasos en la profesión, o porque todavía el edificio del primer Estudio Ramos se mantenía en pie, en la esquina de Ezcurra y San Martín, a pocas cuadras de la

sede central de los tribunales. Claro que ahora, al pasar por la fachada lo impactaban las luces blancas que iluminaban los estantes de medicamentos y perfumes de la Farmacia La Esquina.

Daniela se recuesta en la butaca del auto, finge dormir pero en realidad espía a la gente que circula por la vereda. La mayoría hombres de traje, pertenecientes al mundillo de las leyes, pero también grupos de personas comunes y corrientes, que visten con ropa informal y arrastran tras de sí acusaciones, condenas, querellas, humillaciones, miedos, odios, resignaciones, dolores... Así mezclados van y vienen de los tribunales donde habrá alguien que dictamine, tarde o temprano, de lado de quién está la Verdad y la Justicia, quiénes son inocentes y quiénes culpables. Por ahora están en tránsito, circulan velozmente a la vera del auto sin siquiera mirarme, no conozco a nadie, los abogados tienen un parecido notable entre sí, será porque están uniformados, pero allá viene Delmonte, puta madre, espero que no me haya visto, Daniela se tapa con la campera y deja una pequeña abertura para espiar, no, no puede pasarme esto, ¿por qué se acerca hacia aquí? ¿Cómo pudo haberme visto de tan lejos? ¿Habrá reconocido el auto de Valerio? Daniela espera el milagro, que Delmonte siga de largo, pero no, no hay milagros esta mañana, le golpean la ventanilla, se incorpora, escucha la voz perentoria de Delmonte.

¡Daniela! ¡Qué hacés aquí!

Vine por asuntos personales.

¿Y este auto?

Es de un amigo.

Delmonte mueve los brazos, mira hacia los costados, está serio, irritado.

Escuchame, pendeja. Este es el auto de Ramos, ¿te creés que somos boludos?

Sí, es de Ramos, y qué mierda te importa a vos. Metete en tu vida y no jodas.

No te hagas la cocorita. ¿Qué sabés de tu viejo? Fui a buscarlo hoy, a las nueve, como habíamos quedado, y no estaba. Algo le pasó.

Ni idea, pero no te preocupes. Si le hubiera pasado algo, ya me hubiera enterado. Si no me llamó es porque no quiso. ¿Cuál es el problema, sos milico ahora?

Tenemos un trámite que hacer, y es urgente.

Bueno, yo que sé. Háganlo mañana.

Escuchame, ubicalo y decile que mañana sin falta me espere, tenemos que hacer ese trámite sin falta.

Problema de ustedes.

Mirá, no me colmes la paciencia. Vos estás acá con este abogado resentido y fracasado, que está metiendo las narices donde nadie lo invitó, pero acordate que podés estar del otro lado, allá al norte de la ciudad, en la prisión donde está tu amorcito Ernesto. La línea divisoria es muy frágil, y vos te

venís salvando. Pero todo tiene un límite, y si no colaborás, el juez puede hacer como Nerón, bajarte el pulgar. No seas pendeja y actúa con la cabeza y no con la concha.

Daniela tuvo un acceso de ira, pero se controló. Sintió fuego en las mejillas, un nudo en las tripas. Bajó del auto y entró al bar. Varios pares de ojos la miraron, sorprendidos. Cuervos pajeros, ¿nunca vieron una mina entrar sola a un bar? Se ubicó cerca de la ventana, para ver llegar a Valerio. Diez minutos después Valerio dobló la esquina, caminando a paso rápido, y se dirigió al auto. Al verlo cerrado, miró alrededor hasta descubrir a Daniela, que agitaba su mano desde adentro del bar.

Cosa Juzgada, Daniela. Hay un expediente firmado por el Juez Salvatierra, el testamento lleva la firma de tu abuelo, José María Aguinaga, y el heredero, el único, es tu tío Agustín.

Daniela permanecía callada, con las dos manos apretando la taza de café. No podía hablar, las lágrimas le inundaron los ojos.

¿Qué te pasa?

Daniela, por toda respuesta, sollozó y se tapó la cara. Valerio se mantuvo sereno. El cuadro era dramático, pero él sabía esperar. Pocos segundos, porque Daniela se enjugó las lágrimas, se limpió la nariz con una servilleta de papel, y balbuceó: Acaba de pasar Delmonte. Dice que no encontró hoy a mi viejo en el Boliche. Tenían que firmar algo importante. Estaba furioso, me amenazó...

¿Cómo? ¿Con qué? ¿Te pegó?

No, no me pegó, pero... Hay algo que vos no sabés, una causa por robo en la que estoy involucrada por culpa de mi ex.

Mirá, algo sabía por tu viejo.

Bueno, te habrá contado una parte de la historia, porque si bien yo no estoy acusada directamente, figuro como cómplice, y pueden dictarme la preventiva. Al principio estuve en vilo unos meses, después todo se calmó, pero en cualquier momento, cuando les convenga, estos hijos de puta mueven las piezas y me joden. No resistiría estar presa, dejar solo a Martín, y todo por una boludez que no me trajo más que problemas.

¿Y de tu viejo? ¿Tenés idea qué le habrá pasado?

No me preocupo, de verdad. Cuando hay algo en serio se las ingenia para que yo me entere. Me imagino que armó alguna de sus estrategias, siempre misteriosas. ¡No sabés las elucubraciones que es capaz de hacer! Eso se lo debe al ajedrez.

Claro que es como retroceder, se dice Aguinaga... ¿Pero acaso el oleaje no va y viene, constantemente? Sé que me estoy justificando, pero quiero volver a sentir ese aturdimiento de los primeros meses aquí, en esta soledad. Míngame que es igual a la soledad del campo, como suelo mentir. El día invita, hace varias horas ya que sopla este viento que envuelve el ruido del mar y lo combina y juntos empiezan a perturbarme, a horadarme, porque no entran solamente por los oídos

sino por todos los poros, el viento y el oleaje, constantes, sin tregua ni un segundo de respiro, de día y de noche, van empapándome, torturándome, y para colmo esa otra tortura del patrón hablándome sin parar, acusándome injustamente...

Decidido y silencioso, sin reflexionar, sin pensar, Aguinaga baja de su habitación donde intentaba dormir, busca una llave, abre el candado que libera una caja de hierro donde esconde eso que él llama Vodka Ruso, pero no sabe bien qué es. Le dijeron que es vodka, pero él solamente ve un líquido transparente, que lo adormece con cada sorbo, y así lo bebe, y lo bebe, y lo bebe, sabiendo que es un retroceso, que había hecho una promesa, había logrado superarlo, pero ahora borrosamente recuerda la charla con Jerónimo Vita, su patrón, que le habla sin parar, desde que fue a buscarlo al hospital hasta que lo dejó en el boliche, le habla como un viento marino insoportable, y le reprocha por haber sido descuidado, por haberse cortado un dedo, le reprocha el acercamiento a Valerio Ramos, y le advierte una y otra vez que tenga cuidado, que recuerde su precaria situación, los peligros a que puede exponer a su hija, que se limite a cuidar su trabajo, le advierte con severidad, con una voz cargada de tormentas, y se despide, después de darle una caja con calmantes, por las dudas.

Delmonte fue derecho a la oficina del Juez Salvatierra. Lo encontró ensimismado, hundido en su sillón, frente al amplio escritorio, con el pelo plateado revuelto, el traje desarreglado, como de entre casa, mirando unas fotos que seguramente serían de pesca, de las que ni siquiera levantó la vista para saludarlo.

Novedades, inquirió, mientras pasaba lentamente de una foto a otra, sonriendo para sí, o frunciendo el ceño, o arqueando las cejas.

Valerio Ramos tomó vista del expediente de Aguinaga.

Salvatierra no levantó la vista, pero dejó quietas las manos, para que el mecanismo de su pensamiento se desviara un momento y se fijara en otro objeto, y luego siguió. Delmonte esperó que el juez terminara y cerrara el álbum.

Acabo de encontrarme con la hija de Aguinaga, está en un auto, esperando a Valerio Ramos.

Salvatierra se incorporó y fue hasta la ventana. Delmonte se le puso a la par.

Ese Renault azul. La mujer no se ve desde aquí.

¿Qué carajo está pasando, Delmonte? ¿Aguinaga le habrá pedido ayuda a Ramos?

No, para mí éste se metió de comedido, o se querrá enganchar a la hija. Está más solo que un perro.

Bueno, bueno, más respeto; yo a los Ramos los aprecio, el papá era un capo, yo lo quería mucho, de verdad, aunque anduvimos por distintas veredas, era un tipo honorable, por eso me preocupa que un hijo suyo meta la nariz.

Ahí está. Es aquel flaco de traje oscuro de acaba de cruzar la calle.

Así que Valerio Ramos... Lo vi un par de veces, cuando todavía era pibe. Un idealista, ¿cierto? Bastante inútil, además. El viejo renegaba con él, la iba de poeta... Bueno, actuemos rápido: retirá el expediente y traémelo, vamos a ponerlo en el freezer. Lo que Ramos vio, ya lo vio, pero va a ser la primera y última vez que lo vea. Andá.

Seguido a paso lento por los perritos negros, el viejo Aguinaga camina hacia la orilla, en traje de baño —un short gastado que muy de vez en cuando usaba, porque aún en pleno verano el agua no le atraía lo más mínimo—, pero ahora el calor andaba en su sangre y quería apagarlo rápidamente, porque era un retroceso, había vuelto a las andadas pero lo resolvería con un jaque mate violento, un golpe de agua, el mar es frío y grande, capaz de contener todo, piensa mientras camina con resolución, un poco mareado, hacia la línea blanca que le grita desde la orilla con las voces de muchos, ya no de Jerónimo Vita, sino otras más entrañables, esposa, hija, nieto, hermano, madre, padre... Un estremecimiento lo atravesó de lado a lado, había entrado en el mar como a una nube helada, no veía bien, la ola lo tumbó enseguida y sintió que se derretía, se desarmaba, pensó que era una buena forma de morir, así, como un pez clavado en un anzuelo, coleteando, solo, anónimo... Se estaba dejando ir, sin frío ni miedo, porque el fuego de adentro persistía encendido, pero hizo un esfuerzo, un esfuerzo incómodo, sacó fuerzas, buscó algo que lo empujara y se incorporó, volvió a caer, se arrastró entre las olas, con la cabeza fuera del agua gateó hasta alcanzar la orilla, se tiró boca arriba, entrevió el cielo claro y en él flotaron los rostros de Daniela y Martín, sonrió hacia ellos, hacia el aire limpio. La herida me salvó, les dijo. El dedo, el dolor de la herida, dijo, y se tomó la mano, temiendo que se le hubieran saltado los puntos pero agradecido porque esa cuchillada certera, el dolor de la carne lastimada lo había mantenido despierto, vivo, mientras estaba sumergido en el agua.

Valerio prefirió no ir a su casa a cenar los rutinarios filetes a la plancha con ensalada, no estaba seguro si le quedaban hojas verdes, si algún tomate sobrevivía en la heladera, así que decidió ir al Dumas, el restaurante frente al muelle que cerraba tarde, donde siempre encontraba pejerrey o corvina que Lito López preparaba con sabiduría de pescador.

Ingresó a la costanera a la altura del centro y se topó con una leve cortina de bruma que envolvía la playa y ocultaba el mar; las luces de la calle estaban parcialmente encendidas y con la ventanilla baja escuchaba el rumor del agua que acechaba detrás. Sintió un abrigo de hogar al ingresar y sentarse en la única mesa todavía preparada, las restantes estaban ya levantadas y como varias veces le había ocurrido, él sería el único comensal en un día de semana, a esa hora de la noche. López se desanudó de la barra como despertándose y le ofreció un plato inesperado: una borriqueta, que había pescado él mismo esa tarde. Valerio se alegró, recordó ese pez alargado, de escamas

pequeñas, plateadas y oscuras, con cabeza en punta y la barbilla perita que es la señal característica. Un pez que nunca superaba el kilo y medio pero que tenía un lomo robusto como pocos y una carne especialmente sabrosa.

Comió primero el pescado: la carne blanca en trozos grandes, que degustó morosamente en la boca con el placer de detenerse a saborearla debajo de la lengua, en el paladar, disfrutando el gusto a mar alimonado, reforzado por la temperatura y la pimienta y la sal, y no quiso que el puré se interpusiera, lo comió después, y fue un pausado proceso de calmar y moderar la intensidad marina: esa materia blanca desenterrada y tibia lo volvió a tierra firme y confinó el sabor del pez al estatuto de un recuerdo feliz.

Tomó un vaso de vino blanco, mientras comía, y cuando terminó pidió otro, y aún después de tomarlo no estaba satisfecho, pero tampoco tenía hambre, ni sueño. Pidió un té y mientras lo preparaban fue hasta el auto, abrió y revolvió la guantera. Tomó el librito de ajedrez. Aunque sabía que ya era hora de cierre para el Dumas, se sentó a tomar el té con todo el tiempo del mundo. Pensaba en él, en sus necesidades, y nada más. Abrió el libro y lo examinó; estaba marcado con lápiz, algunas movidas subrayadas, otras marcadas con un círculo, otras acompañadas con signos de admiración o de pregunta... Valerio no entendía mucho, apenas podía seguir de memoria las primeras jugadas, después se perdía en un laberinto de posibilidades que lo excedían y fatigaban. Pero lo que le llamó la atención fue la dedicatoria, y especialmente la firma. Cuando la vió, cerró el libro de golpe, como si hubiera visto algo horroroso, volvió a abrirlo y se detuvo a observar esa línea irregular formada de letras, en una tinta que había perdido intensidad; volvió a cerrar y abrir varias veces el libro. Pagó y salió disparado hacia la casa de Daniela, pero cuando estaba por llegar dudó. No tiene sentido, seguramente estará durmiendo, pero necesitaba ir, y otra vez pensó más en sí mismo, en sus propias necesidades, y tuvo la esperanza de que estuviera despierta todavía, tal vez se había quedado pensando en él, así que siguió adelante, impulsado por la certeza de haber descubierto algo importante, algo que honraba su olfato profesional: Daniela, la firma de tu abuelo es falsa, el testamento es falso, vengo a decirte esto que pone todo en su lugar, para bien o para mal, acá se está cometiendo una estafa y la víctima es tu viejo, y vos también, que sos la heredera. Y yo estoy otra vez en el lugar que no quería estar, o creía que no quería, no sé.

Algo embotado llegó al bosque sur, colmado de expectativas, pero al doblar la esquina de las Acacias vislumbró la caja de una camioneta blanca metida entre los pinos del bosque, justo frente a la casa de Daniela. Se acercó a marcha lenta con las luces apagadas, y reconoció la camioneta de Pablo. En la casa de Daniela, la única luz encendida era la del living; siguió de largo, retomó la costanera y aceleró. En un abrir y cerrar de ojos estaba en El Refugio. No tendría que haberme movido de aquí, pensó, mientras abría la ventana para ver el mar, que no era más que una certeza murmurante, oculta en la oscuridad de un cielo de agua con la noche arriba salpicada de estrellas.

Se acostó, sin pensar, anestesiado, y no alcanzó a dormirse cuando escuchó acercarse el rugido de un motor, saltó de la cama, corrió hasta la ventana y vio pasar, en una ráfaga, la camioneta de Pablo, que ganaba la playa y se perdía camino a Nuevo Edén. Volvió a acostarse, dispuesto a dormir, pero antes puso el despertador a las ocho. Decidió ir solo, a primera hora de la mañana, a Los Venados.

Tirado en la orilla, el viejo Aguinaga vio a Daniela jugando en las hamacas del jardín; bañándose en el tanque australiano del campo; con el uniforme de la escuela; caminando tomada de su mano. Cuando entreabrió un ojo, un rayo de luz le entró como fuego y enseguida las lamidas nerviosas y cálidas de los perritos terminaron de despertarlo. Le costó levantarse pero no recordar lo que había hecho, cómo había llegado a ese momento; era plenamente consciente de que había reincidido; de que luego había ingresado al mar. Estaba festejando, se justificó. Había logrado burlar a Delmonte, y pensaba que tal vez Valerio Ramos estaba haciendo una movida a su favor, aunque jugaba con las piezas negras, aunque tuviera desventaja posicional, confiaba en el mayor de los Ramos, su amigo. Logró llegar al Boliche, se desahogó en el baño, calentó agua en la estufa a kerosene, se limpió, se cambió, tomó una de las pastillas que le había dejado Vita y se recostó en el camastro. No le preocupaba la reacción de Delmonte: para justificarse, ahí estaba su dedo cosido, hinchado, envuelto en un pañuelo. Se ha perdido un tiempo precioso, iba a decirle el Apoderado; se había ganado un tiempo precioso, pensó él, mientras se dormía plácidamente, deseando que otra vez volaran hacia él las imágenes de Danielita.

Desnuda, Daniela se miraba los muslos y rascaba con las uñas las salientes de cera negra que le habían quedado de la depilación. Se demoraba, sentada en el inodoro, y la tarea de limpiar esos detalles incómodos en sus piernas la absorbió durante un tiempo impreciso, placentero. Sabía que suspendía así el regreso a la cama, el incómodo encuentro con un hombre al que sentía extraño, lejano, y desde hacía unos meses, insulso. Habían pasado rápido el deslumbramiento inicial, la sorpresa, el halago, la autoafirmación, la seguridad. ¿Después de tres, cuatro, cinco encuentros? Luego ella había empezado a enfriarse, y ahora era un esfuerzo cada vez más grande conectar con el juego, el cuerpo del otro no la excitaba, ni las palabras, ni los movimientos, todo lo que hacía Pablo le resultaba tosco, artificial, premeditado, como alguien que se aprende un libreto y lo actúa. Pero no le decía nada, se concentraba en su propio cuerpo, se buscaba, hasta que algo se encendía y podía relajarse y lograr una porción de disfrute, un orgasmo rápido, mecánico. Salió del baño y habló, esta vez, decidida a tomar distancia. Con vehemencia, relató su miedo por las nuevas amenazas de Bagarinos y Giménez, la preocupación por Martín, el estrés que le provocó la noticia de la inminente salida de Ernesto... No tengo tiempo ni ganas, Pablo, ya está. Te habrás dado

cuenta que ya no estoy cómoda, y además, nuestra relación se va haciendo evidente para muchos, y el pueblo es chico, y vos tenés una familia que respetar.

Pablo se guardó la bronca, la forzó, casi, a un último polvo, y aceptó sus argumentos con un lacónico: está bien. Daniela creía que más tarde —días o semanas después— iba a llegarle una reacción de Pablo, madurada en el resentimiento y en la soledad. Ojalá me equivoque, pensó, cuando montó en la bici y empezó a pedalear con fuerza por las calles vacías de Villa Idaho. A esa hora de la mañana el aire condensaba el olor del mar y el de los pinos, para ella un bálsamo.

Pablo la vio subir a la bicicleta y en el gesto enérgico y presuroso de Daniela presintió con nitidez que se le iba de las manos, con mayor certeza que un momento antes, en la cama, cuando su cuerpo había perdido fatalmente el espontáneo entusiasmo de los primeros encuentros, y él notaba que ella no podía ocultarlo, que en la mirada, en la repetición mecánica de los movimientos había un principio de tedio, que ella ya no estaba allí, que ya había montado en su bicicleta y se había perdido en las calles sinuosas, en los bosques, buscando otra vez sensaciones de libertad. A pesar del momentáneo malestar, Pablo se miró en el espejo, con orgullo valoró su musculatura, la delgadez que conservaba a pesar de los años, su apariencia juvenil... Se vistió despacio, observándose, observando prenda por prenda, la camisa, el pantalón, los borceguíes auténticamente militares y su chaqueta preferida, del ejército alemán, regalo de su suegro. Sonrió y recordó al viejo Otto, el único que sabía de dónde había venido esa chaqueta, en qué campos de batalla había estado, y por qué conservaba todavía una mancha oscura en un costado. Solo Otto, su suegro y él sabían el secreto. Se miró por última vez antes de salir, y se acercó a la ventana, para observar la calle vacía por la que se había alejado Daniela, la que llevaba al bosque sur. Mujeres, murmuró, y cerró los postigones.

## **Siete**

Valerio pensó en Pablo, y si antes había privilegiado el recuerdo de los momentos felices, las jornadas de pesca familiar, días enteros pasando las redes, lanzando las cañas, recogiendo almejas; si antes observaba con admiración y envidia ese clan armonioso y funcional formado por los dos hermanos Casaroli, sus esposas e hijos —un varón y una nena cada matrimonio—, que exhibían orgullosos una organización sin fisuras, con una simetría por la condición de gemelos que coronaban dos jeeps Willis Hurricane amarillos, ahora emergieron de la memoria secreta de Valerio episodios de violencia, fugaces y rápidos como latigazos. En especial uno: la noche que llegaron

después de una jornada de pesca, y por todo saludo el padre de Pablo le estampó un puñetazo en la boca. Sangre y dientes volaron a la vez, salpicándolos. Días después, Pablo le explicó que ese sorpresivo y violento recibimiento había tenido origen en una desobediencia de una semana atrás. Una tontera: Pablo y su hermana se habían peleado y ella le había ido con el cuento al viejo, que salió hecho una furia buscando a su hijo para darle una tunda. Pablo huyó, y el padre, cuando Pablo regresó a su casa, no dijo palabra, y parecía haber olvidado el episodio. Pero no lo había olvidado, lo tenía guardado en su baúl de rencores, en su manual de educación primaria y elemental, que decía que no había que dejar pasar una desobediencia, y que en cualquier momento había que cobrarse esa deuda. Pasados los años Valerio empezaba a entender a su amigo, intentaba comprender por qué había llegado al estado actual; solitario y como perdido.

¿Solitario y perdido? ¡Mira quién habla!, se dijo Valerio, con una sonrisa irónica, destinada a sí mismo. El Renault 12 tenía la goma trasera destrozada por los miguelitos. Se sentía agredido y ridículo parado en la vereda, frente a la confitería La Ley, después de haber discutido con su hermano menor, después de comprobar que Edgardo no estaba dispuesto a llevar adelante una acción penal contra la falsificación de la firma, después de haber descubierto que ni bien terminaron la charla, su hermanito se había ido como disparado al estudio de Julio Delmonte... Puta que se bandeó el pendejo, siempre supe que le gusta la guita y el poder, pero supuse que una causa como ésta lo iba a motivar, a movilizar. ¿Confrontar con estos tipos por un viejo inútil, que ni siquiera tiene interés en pelear por lo que le pertenece? ¿Qué gano? Estos habían sido los argumentos de Edgardo. A lo sumo podemos negociar, concedió. No sé si me pasé de principista, pero lo mandé al carajo. ¿A mí, pendejo, que te enseñé el manejo del Estudio, me venís a dar lecciones? No hay nada que negociar, estamos frente a una estafa, y punto. Pero Edgardo no estaba dispuesto a acompañarlo...

Se arremangó y cambió la rueda. Recordó la gomería de Luis, se preguntó si existiría, y llegó hasta allí: estaba casi igual que veinte años atrás. Y Luis lo recibió con una enorme algarabía, nostálgica, y puso mala cara cuando vio los tres miguelitos incrustados en la cubierta. ¿En qué anda, Ramos? Esta no es buena señal.

Resolvieron el problema en media hora y Luis lo invitó a pescar en un lugar exclusivo, una laguna dentro de un campo al que él tenía acceso. Valerio recibió la noticia como una caricia, y se dispuso a pasar la tarde pescando mientras rumiaba qué camino tomar, si hacer o no la denuncia penal, si cortarse solo o buscar algún otro aliado. Mucho no adelantó durante esa tarde, porque lo absorbió el placer de capturar una docena de matungos cercanos al kilo. Pudo verificar, con sorpresa, que el campo donde pescaban pertenecía a una estancia denominada El Centauro, el mismo nombre que figuraba en el expediente Aguinaga. ¿Luis lo había traído a las fauces del lobo, al mismísimo escenario de la estafa? Desde el bote, situado en medio de una lengua de agua de cien metros de

ancho por un largo indefinido, podía ver el casco de la estancia, en la que cerca del atardecer circularon algunas personas que Luis señaló como los futuros propietarios de un loteo que se estaba llevando a cabo en ese campo de quinientas cincuenta hectáreas. Queda poco tiempo de disfrute, dijo Luis. Cuando el loteo se termine y se construyan las residencias, me van a pedir la llave de la tranquera, y se acabó este lugar de privilegio... Pasará a manos de los nuevos dueños, y habrá que ver si me habilitan la pesca... tendré que hacer el trabajo fino, ya veremos...

A las ocho, con la noche encima, Valerio dejó la gomería y encaró el regreso a Villa Idaho, pero un impulso lo desvió y lo llevó a recorrer el mismo camino que había hecho con Luis, hasta la tranquera de El Centauro. Temerariamente ingresó hasta la casa principal —había dos dependencias más pequeñas— y al no ver a nadie, ni autos estacionados, ni voz ni ruido alguno, se mandó. Y vio lo que no tenía que ver: los planos del loteo, con los apellidos de quienes habían reservado ya sus lugares. Entre ellos figuraban Jerónimo Vita y su socio, Pablo Casaroli. Absorto, no sabe por cuánto tiempo, en la inspección del plano y otros papeles, no sintió ningún ruido previo al golpe que recibió en la nuca, fue apenas un dolor intenso, y la sensación de flotar en una progresiva oscuridad.

Flores respiró con repugnancia el aire rancio de la celda y vislumbró a Ernesto sentado en el camastro, esperándola. Ella elegía ese horario porque lo encontraba en estado de fragilidad, con la guardia baja, melancólico, deprimido, rodeado de un silencio opresivo que duraba unos minutos, justamente los del atardecer, previos a la cena. Era un riesgo, era su riesgo, y esta vez había dado un paso más, porque no llevaba uniforme y a la vista de Ernesto apareció como una mujer cualquiera, con vaqueros ajustados, remera y un buzo que se sacó ni bien el calor del encierro de esa pieza de dos por dos le entró en la piel. Rosa ya lo había saludado, ya se había sentado en un banquito, y él todavía no levantaba la vista, hasta que sintió el perfume que traía la mujer policía, amiga de su ex esposa y la miró. Desconfiado, temeroso, irritado, la miró sonreír y extenderle un cigarrillo, que él rechazó en un primero momento pero después aceptó.

Puede ser que haya buenas noticias, Ernesto.

¿Por qué?

Lo intuyo. Hay una buena predisposición hacia vos, tu conducta es buena. Mis informes te favorecen...

¿Cómo están en casa?

Bien.

¿Algo para mí?

No. Sí: un beso de Martín.

Ernesto tomó el velador y lo levantó hacia el rostro de Flores. Luego volvió a apoyarlo.

¿Que querés, Rosa?

Te ayudo a salir en libertad. Mañana presento el informe mensual. Pero tenés que poner tu parte... Fue así, nena, como te lo conté más de una vez. Llegaron los ratis y yo estaba adentro de la casa, Mingo en la puerta y el otro hijo de puta en el auto, siempre a resguardo. Cuando ellos rajaron, el botín ya lo tenía Mingo y yo estaba buscando la guita, un fajo que supuestamente estaba escondido en el doble fondo de una valija. Mingo me pegó el grito y desapareció, no tuve tiempo de nada, cuando asomé la trucha, ya tenía dos ratis encima.

Rosa se levantó, dio unos pasos por la celda alejándose de Ernesto, y enseguida volvió y se detuvo, de pie, muy cerca, sus caderas quedaron a la altura de las manos del preso, que no pudo contenerse y la tocó. Primero apoyó la mano derecha en la cadera izquierda de Rosa, la deslizó hacia atrás, y recorrió suavemente la nalga. La mujer no se movió, lo dejó hacer, le tomó luego el brazo izquierdo y se lo llevó hacia el lado derecho de la cadera, se dejó caer hacia él, y permitió que apoyara la cabeza en su vientre. Entonces lo apartó.

Tranquilo, Ernesto. Hay tiempo para todo. Vamos por partes.

El preso aflojó y cuando Rosa dio vuelta para irse se levantó velozmente y la tomó de atrás, la tapó con fuerza la boca y la llevó, en vilo, hacia el camastro. Rosa no perdió la calma, se dejó llevar y apretó el botón de alarma que llevaba en la pulsera. Se escucharon pasos enérgicos en el pasillo. Ernesto largó, ella se levantó rápidamente y se alisó la ropa. Cuando el guardia llegó a la puerta, ella se disculpó, diciendo que estaba todo bien, que el botón de alarma se había disparado por error.

El recorte de diario que tenía en la mano mostraba una nota titulada Finalizó el torneo regional, pero a él le interesaba más la foto, donde recibía el segundo premio de parte de un vecino importante de la ciudad: el Dr. Ricardo Ramos. Tras los cristales, enmarcados en un grueso marco de carey totalmente rayado y descolorido, los ojos de Aguinaga sonreían, alegres y nostálgicos. Guardaba en esa caja de zapatos, como un tesoro, fotos familiares y recuerdos de los torneos de ajedrez. Acercó una lupa e intentó descifrar en el rostro de Ricardo Ramos algún rasgo de Valerio. No encontró ninguno, o encontró todos, porque de un momento a otro lo que consideraba un parecido absoluto, pasaba a ser imposible, porque no veía más que diferencias. Se resignó a que era un problema suyo, de su edad, de su vista, se dio cuenta que se jugaban dos sentimientos: el entusiasmo y el miedo, al primero se correspondía la impresión de que Valerio y su padre eran idénticos; al segundo, la que los consideraba completamente distintos. Dejó este dilema para quedarse con un hecho práctico: Valerio Ramos estaba ahí, cerca de él y había crecido entre ellos una amistad. Esto lo alegraría mucho a don Ricardo, murmuró, y guardó el recorte en la caja y la cerró, atándola con hilo sisal.

Cada vuelta de pedal le infundía más euforia, excitada como una fugitiva, dejaba atrás el departamento y se internaba en el bosque sur. ¿Por qué corro si nadie me persigue?, se dijo cuando ya estaba cansada. Dejó quietas las piernas, las ruedas giraban con un zumbido que ahora, relajada sobre el asiento, podía escuchar con nitidez. El viento me limpia la cabeza, dijo entrecerrando los ojos en la bajada de Tante Puppy, como se conocía esa loma donde vivía la más famosa instructora de equitación de Villa Idaho. Al encarar de nuevo la calle llana, pedaleó a ritmo lento, abrió los ojos y vio, en el álamo más cercano, algo de color adherido al tronco. Aunque no llegó a verlo con claridad, esa imagen borrosa la impactó. Luego supo que su espíritu había reconocido antes que sus ojos el muñeco de Martín. No, no era el oso, era un superhéroe y estaba clavado contra el tronco con dos clavos grandes a la altura de la cabeza y estómago. Su corazón se detuvo y de inmediato latió a mil, mientras pedaleaba alocadamente y sus tripas empezaban a retorcerse con ruido. Subió desesperada y antes de golpear la puerta escuchó las voces de Matilde y Martín en el interior.

Al dar vuelta la vista, Aguinaga comprobó que había dejado uno de los álbumes de fotografías sobre la mesa. Lo recorrió ligeramente para comprobar que era de los más viejos, de los que nunca miraba pero se tentó ahora y empezó a pasar las fotos otra vez, desde el principio, más lentamente. Las vio a todas como si fueran la misma, porque lo más preciso no ocurrió ante sus ojos sino en otro lado de su cuerpo, que vibraba con esa única visión global de su madre, su padre, su hermano y su hermanita en diversas circunstancias. Eran ellos, principalmente, y él, que ya de niño en su rostro llevaba marcada la huella de otra vida. ¿Quién era, realmente? Le habían asegurado que cuando nació, en el rancho donde vivían entonces, sus padres lo arrojaron al chiquero y alguien lo rescató; después, que no era hijo de su padre, de quien él consideró su padre toda la vida; cuando todavía no había salido de la primera infancia, luego de la muerte de su hermanita, su madre había empezado a rechazarlo visceralmente. De todo esto Aguinaga estaba convencido, no por los argumentos de unos y otros, por los cuentos, sino porque lo sabía en su corazón, sin necesitar explicaciones, y lo que sabía era que había nacido esencialmente huérfano. Desarmó la caja, guardó las fotos y la ató de nuevo. Al tirar del hilo, éste se deslizó y le rozó el dedo lastimado. La herida, parcialmente, volvió a abrirse. Sintió una puntada, un dolor agudo, y vio el hilo de sangre deslizarse hacia la mano. Lloró, de golpe, con un llanto que se le escapó a su voluntad, a su control, lloró más de impotencia y de rabia que por el dolor de la herida, lloró, pensando, con un sabor a fatalidad, que por haberse olvidado esas fotos, por haberlas hojeado, por haberlas vuelto a guardar, se había lastimado de nuevo. Esas fotos son mi destino, y están malditas.

Aliviada, Daniela afinó el oído y ahora escuchó claramente que Martincito le pedía agua a Matilde. Entonces calmó su respiración, intentó componer otro rostro que el que suponía tener, contraído por

el terror, y golpeó a la puerta. Martín corrió a sus brazos, sonriendo, y gritando que había salido antes de la escuela.

—Sí —dijo Matilde—. Me llamaron a casa. Ya saben que los martes lo busco yo.

—Qué bien, te agradezco, Matilde —dijo y caminó hacia la habitación de Martín—. Seguí dándole de comer, por favor, voy enseguida. Cerró la puerta y recordó que el fin de semana había estado jugando en el jardín de atrás de la casa, lindante con el bosque. Salió, sin hacer ruido, y recorrió el espacio más próximo a la casa, después, se internó unos metros en el pinar, y allí vio otro muñeco: un angelito desnudo —no era de Martín— con las nalgas pitarrajeadas de color rojo sangre.

Cuando Delmonte lo llevó al Juzgado a firmar, Aguinaga ya tenía unas líneas de fiebre. En pocas horas el dedo se había inflamado, y la piel alrededor de la herida tenía un tono violáceo. Al atardecer, cuando Delmonte lo dejó en la puerta del Boliche, el dedo le dolía más y la fiebre había aumentado. ¿Por qué no le pidió ayuda a Delmonte? ¿Por qué le mintió que se sentía bien? El sol caía lejos, sobre el horizonte de los médanos y la llanura del campo. Sintió, como una certeza, que entre ese paisaje y él la armonía era perfecta. Antes de subir las escaleras, se acercó al piletón de Caupolicán, lo levantó y vació toda el agua. El bague quedó en algún lugar del patio de arena, coleteando apenas, y presintiendo su muerte. Lo sabe y lo acepta, pensó Aguinaga, que estaba convencido de que el bague era inteligente por demás, que incluso iba a entender su decisión y hasta quién sabe estaría agradecido. Buscó en la penumbra el cuerpo de Caupolicán, pero estaba allá abajo, y él estaba algo mareado. Ahora sos libre, dijo en voz alta, para que el bague lo escuche.

—Bien hecho, Silva, bien hecho—, dice Rosa y guarda la radio en la guantera del patrullero. Queda pensativa unos instantes, mirando sin atención el oleaje que golpea con furia los pilotes del muelle y por momentos se trepa hasta la plataforma vacía de pescadores. Sonríe, impaciente y feliz ante la inminencia de algo muy deseado, muy esperado. Sale en dirección al bosque, llega al taller de Matilde, le cuenta que en pocos minutos los matones van a ser detenidos y quedarán demorados 48 horas como mínimo. Matilde sonríe, la toma de la mano y la conduce al interior de la casa. Abre un placard y le muestra, debajo de una pila de ropa, una valija. Rosa la empuja suavemente, se mete y cierra la puerta. En la oscuridad, envueltas en el escaso aire oloroso a ropa y cuero, la toma de atrás y le mordisquea la nuca, Matilde se da vuelta y se besan, sofocadas y felices. Matilde pateo la puerta y la abre, salen riéndose y respirando profundamente. Rosa mira la hora en su reloj pulsera, corre hacia el patrullero y toma rumbo a la cárcel. Matilde la observa desde el umbral de la puerta, emocionada, entra y busca una campera, cierra y sale en bicicleta hacia la casa de Daniela. Hora de cuidar a Martincito —murmura para sí misma—. Ya falta poco.

Prácticamente se cruzan, dándose un beso rápido y diciéndose mutuamente: todo bien. Daniela agrega: —Te lo dejé dormidito. Y Matilde: —Andá tranquila. Pero Daniela va nerviosa y con el corazón en vilo pedaleando mientras atardece y los pinares empiezan a mostrarse compactos, como un solo cuerpo de sombras donde cada vez es más difícil distinguir los contornos de los troncos rugosos, las copas abiertas y puntudas. Valerio está recuperado del golpe, pero no sabe quién lo trajo hasta su casa. Sólo recuerda con claridad la presencia de Olaf lamiéndole la cara, gimiendo a su alrededor, excitado. Ella está radiante, y él esta vez abandona cualquier resistencia, siente que allí, en El Refugio, algo revive en su sangre, Daniela—Virginia, una mujer que es otra y la misma, en un tiempo que no puede medirse por el calendario que nos rige, que nos extravía, sino por otro, que avanza y se detiene con emociones, con golpes de dolor o de amor.

En lo alto de la buhardilla, allá donde todavía hay fotos de aquellos años, Daniela y Valerio se aman por primera vez, que no parece la primera sino la culminante, la que llega luego de muchos otros amores que los prepararon para éste. Valerio mira por la ventana, el mar es un rumor oculto tras el aire oscuro. Recuerda vagamente que en cualquier momento pasará Pablo en su camioneta. Intuye que es la hora habitual. Se despreocupa, se alegra de que Daniela le anuncie que esa noche puede quedarse, que Martincito está al cuidado de Matilde. Entonces le propone que se venga a vivir con él, que en su casa corre un riesgo grande. Ella le pregunta si está seguro, si no se va a arrepentir.

—Ahora es necesario para vos —le dice Valerio, protector—. De paso probamos, y la vamos a pasar bárbaro, estoy seguro.

—Me encanta la propuesta, pescador, me encanta.

Pablo ve el resplandor en la pequeña ventana y sabe que Valerio está despierto, porque a la buhardilla de arriba sube cuando tiene algo especial que hacer, y es la única habitación iluminada. Nada de esto lo sorprende, pero se sobresalta cuando ve la bicicleta de Daniela apoyada en la puerta de entrada. Duda, entonces, entre golpear y meterse en la casa o seguir viaje; duda de cómo será recibido, si como un amigo o con un visitante inoportuno; lo carcome la curiosidad, también un sentimiento incómodo, tal vez de odio o resentimiento o frustración. No, no es odio, porque también trae algo de alivio. Se pregunta si conviene alejarse ruidosamente de allí, haciendo notar su presencia, pero se aleja prudentemente y en silencio. Sabe lo que quiere hacer ahora. Cuando está a doscientos metros de distancia de El Refugio, ya al borde del agua, acelera y toma velocidad. Mira de reojo el Boliche del Medio, que también tiene encendida la luz de la pieza de arriba. Hoy no duerme nadie, murmura. Yo no voy a ser la excepción. Llega rápido a su casa, sube al segundo piso y de un lugar secreto, simulado en el techo de machimbre, saca una carpeta. Está impecable, a pesar de los años transcurridos. Revisa la veintena de folios. El expediente está completo. La carátula: Archivos de Invernadas. Allí están los datos de los cuerpos aparecidos en la playa, declarados como

NN por el Juez Salvatierra, con la vista gorda del entonces Intendente Nielsen... Pablo siente piedad y a la vez orgullo al cometer el acto de traición hacia su suegro, o mejor dicho, a la memoria de su suegro, pero el caudillo ya está bien muerto y su prioridad ahora es apretar a Salvatierra. Que consiga el sobreseimiento definitivo para Daniela en la causa de las joyas; que herede el campo que le corresponde; que se olvide del loteo, a ellos la guita les sobra, a Vita y a él también. Y que Valerio sepa que soy capaz de un acto heroico, un acto heroico real, no imaginario.

Flores se impacienta, demoran demasiado en largar a Ernesto, Repasa cada uno de los pasos que dio, no encuentra fisuras en el plan, pero hasta que no llegue el final, estará en vilo, preocupada porque algo no funcione. Y aquí, en la cárcel, donde tiene tantos amigos, tiene también enemigos. Se acerca a la puerta para indagar, pero se arrepiente. No debe mostrarse interesada, no debe mostrarse. Cuando decide esto y súbitamente logra sentir paz, lo ve venir a Ernesto con su bolso. Flores lo sube a su auto particular y le consiente un beso. Ernesto se abalanza sobre ella, pero entonces ella le pide calma, lo lleva a su departamento.

Tranquilo, hay tiempo para todo.

Ernesto está desencajado, pero acata. Se frota las manos, camina hacia la ventana. Se mete en el cuarto. Cuando Rosa vuelve con dos vasos de vino, él sonríe socarronamente.

No sos la misma sin el uniforme. Ahora sos una mina de verdad.

La abraza con fuerza, siente que ahora puede someterla a sus normas.

No te importa coger conmigo, ¿no?, le dice, casi en un grito. ¿Hace mucho que querías hacerlo? ¿Y Daniela?, ¿no te importa Daniela?

No me importa nada, me importa sentirte a vos adentro... ¿Qué te creés? ¿Qué soy de piedra? Dale, vení nomás, vení...

Ernesto se excita, le arranca la blusa, brutalmente la lleva hacia la cama, la monta casi lastimándola, mientras ella le murmura al oído macho, machote, esto es lo que me estaba haciendo falta...

Cuando Ernesto despierta, aturdido, siente la urgencia de mear, intenta levantarse, pero no puede moverse. Está atado de pies y manos a la cama. Rosa está de pie al lado de la ventana abierta, mirando hacia afuera. Todavía es de noche.

¿Qué hacés, boluda?

Rosa está muy seria, se acerca y lo destapa. Arrima la cabeza hasta la altura de la pija de Ernesto, y desde arriba, deja caer un chorro de saliva.

Te devuelvo el polvito que me metiste, imbécil.

La puta que te parió, puta de mierda, desatame. Me estoy meando.

Podés mear tranquilo. Y cagar también, si tenés ganas. Ahora decime donde están las joyas...

Media hora más tarde, Rosa está de vuelta en Villa Idaho. Llega a la casa de Daniela, donde Matilde está en vela, esperándola.

Más fácil de lo que supuse, dijo, y rechazó el beso de Matilde. Después, dijo, me tengo que dar un baño.

Entró a la casa, pero antes de meterse en el baño, salió disimuladamente por la puerta de atrás y buscó en el pequeño depósito una pala de punta. Caminó hasta los abedules del fondo del parque y se paró justo en el medio. Desde allí contó treinta pasos hacia el sur. Luego de hurgar con la pala en un radio de dos metros cuadrados, sintió la dureza de una tapa. Dejó la pala clavada ahí y volvió a la casa. Matilde la vio llegar, intrigada.

— ¿No te estabas bañando?

—Dejá un momento a Martín jugando o mirando la tele y vení.

Fueron juntas hasta la pala, Rosa le indicó, como una cortesía, que cavara en ese lugar. En pocos minutos quedó al descubierto la tapa de un antiguo pozo ciego. De allí colgaba un bolso, herméticamente sellado con nylon grueso, donde estaban las doce joyas, el tesoro. Doce. Ni una de más ni una de menos. Entonces Rosa se dio un baño, cargó la valija de Matilde en su auto y se despidieron, luego de un largo beso.

A las 7, entonces.

Daniela llegó en punto.

Se te ve muy feliz, Dani.

Me siento muy bien, amiga. Cuánto tengo que agradecer... La pasé bárbaro con Valerio. Pero vos estás demacrada. ¿Martín no te dejó dormir?

No, no es eso. Ahora tengo que irme, después te llamo y te explico.

Le dio un fuerte abrazo y corrió hacia la esquina convenida, donde ya estaba Rosa esperándola. Ya en el automóvil, se abrazados excitadas y emocionadas.

¿Es cierto lo que nos está pasando, o es un sueño?

Mirá esa valija, y te vas a dar cuenta de que no es un sueño.

Matilde se arrodilló en el asiento, mientras Rosa aceleraba rumbo al aeroparque. Abrió un valijín de metal, y vio varios fajos de dólares.

¿Cuánto?

Cuatrocientos mil. Eran seiscientos, doscientos fueron para arriba. Y aquí en la guantera, fijate, hay unos billetes para Silva, que bien se los merece. Daniela va a recibir lo suyo, cuando sea el momento.

¿Y la avioneta?

Todo arreglado. En un par de horas cruzamos el charco, y llegamos al paraíso.

Aguinaga, con los libros de ajedrez a su alrededor, siente otra vez la puntada en los pulmones. Es este frío de perros, murmura, y una puntada más fuerte lo obliga a inclinarse sobre el tablero. Las piezas se caen y quedan desparramadas en el piso. Se acabó el juego, dice, gambito de peón exitoso, pero ahora el rey abandona, ya es tiempo... Ni bien siente que el dolor afloja, se levanta y baja hacia los médanos, linterna en mano. Busca a Caupolicán, siente que el corazón se le acelera, le duele también. Reconoce el lugar exacto donde abandonó al bagre, pero no lo encuentra.

Sube, con dificultad, a la cima de un médano. Desde allí mira la silueta del boliche, recortada sobre el vago resplandor que llega del mar. Mira ahora hacia Villa Idaho. Piensa en Daniela, en Martín, en Valerio. Sonríe. Busca la petaca que guarda en el bolsillo de la camisa y toma el último trago. Le arde el cuerpo adentro, pero afuera el frío lo aprieta hasta aturdirlo. Baja del médano y camina hacia una pequeña laguna. Con los pies en el agua, deja que le entre el frío, que le suba desde las piernas. Se estremece, suavemente el pis le baja por la entrepierna, tibio, dándole una tregua de placer. Arroja la petaca lo más lejos que puede y cierra los ojos, se deja caer hacia atrás, se sumerge hasta las orejas, en su cabeza se apaga lentamente el rumor del mar.